

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — Nº 864.

Administracion general, pasage saunler, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Instituto nacional para las hijas de los militares italianos;** grabado. — **La caza del leon.** — **Curiosidades científicas.** — **Fiesta nocturna en el Bósforo;** grabado. — **La estatua de Luis XVI;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesías.** — **La Exposicion de Bellas Artes de 1869;** grabados. — **Excavaciones de un oppidum galo en el monte Beuvray;** grabados. — **Curiosidad literaria.** — **La Francia pintoresca;** grabados. — **La espada del muerto.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Las regatas del Havre;** grabado.

## Instituto nacional

PARA LAS HIJAS DE LOS MILITARES ITALIANOS.

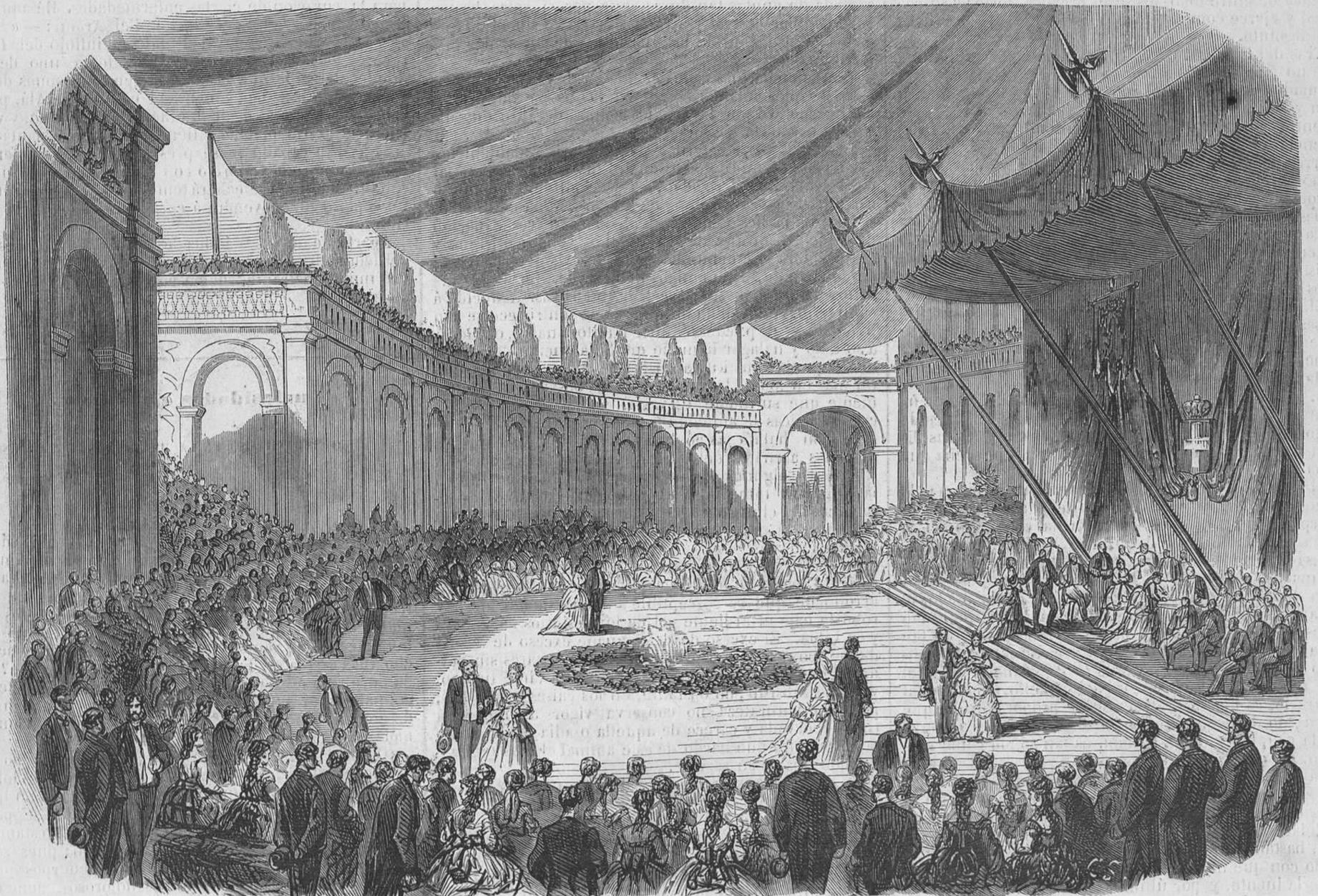
Escriben de Turin con fecha 5 de julio de 1869 :  
Acabamos de inaugurar en la villa della Regina, cerca de Turin, un Instituto nacional para las hijas de los militares italianos.

La idea de esta fundacion se debe á la iniciativa de una señora de condicion elevada, á quien se reunieron

otras señoras no menos distinguidas por sus títulos ó sus nobles sentimientos.

Francia ha fundado la casa de educacion de San Dionisio para las hijas de sus oficiales, huérfanas ó indigentes : ¿ la Italia independiente no miraria con igual solicitud á las hijas de sus soldados? El proyecto era digno de una gran nacion, y las damas fundadoras tuvieron muy luego el apoyo de hombres influyentes. En suma, la idea se hizo nacional: por todas partes se abrieron suscripciones, y un piemontés establecido en el extranjero envió por sí solo 200,000 francos.

No podia menos de salir bien una obra sostenida con



TURIN. — Inauguracion de un Instituto nacional para las hijas de los militares italianos.

simpatías tan unánimes y eficaces. Victor Manuel dió para el establecimiento central de este Instituto, una casa real conocida con el nombre de *Villa della Regina*, y Napoleón III una cantidad importante destinada primitivamente á elevar un monumento conmemorativo sobre las cuestas de Solferino. El comité director, cuyo presidente honorario es el príncipe Humberto, no quiso esperar á que la antigua villa creada para el recreo estuviese ya trasformada con arreglo á su nuevo destino para comenzar la obra práctica á que se habia dedicado, y como mediante la supresion de las corporaciones monásticas habian quedado disponibles muchos edificios, obtuvo en 1867 la autorizacion para abrir provisionalmente el Instituto en un vasto local desocupado.

Una sub-comision se apresuró á arreglarle, y los *sindicos* de todos los pueblos de Italia anunciaron la apertura del establecimiento. Inmediatamente admitieron á unas cien jóvenes para que sigan un sistema de educacion mas racional y mas completo que el que se halla vigente en San Dionisio.

Segun este sistema, todas las alumnas siguen cursos elementales de instruccion general, y cada una, segun su aptitud, se destina despues á un curso profesional. En estos últimos cursos se aprende alguna carrera accesible á las mujeres: teneduría de libros, telegrafía, encajes, costuras, tejidos de seda, fabricacion de guantes, de flores artificiales, de plumas de acero, etc. ¿No es preferible esta combinacion á la que se ha adoptado en Francia?

El 4 de julio tuvo lugar la inauguracion de este colegio de jóvenes en el magnífico palacio de que hemos hablado. La *Villa della Regina* está situada en una colina á orillas del Po, á quince ó veinte minutos del rio frente á Turin.

Nuestro dibujo representa el aspecto de la reunion, que era tan numerosa como brillante. Música, discursos, tiro de cañon, firma del acta por las señoras fundadoras, banquete, todo el acompañamiento ordinario de las inauguraciones hizo esta ceremonia bella é interesante, y ya puede decirse que la Italia cuenta una excelente institucion mas.

A. M.

### La caza del leon.

Entre los innumerables seres que plugo á Dios hacer brotar de la nada se distingue y forma una especie privilegiada, por su galanura, fuerza y poderío, el animal cuyo bosquejo nos proponemos hacer en estas líneas.

El hombre ocupa en la creacion el puesto de preferencia. Fué la obra predilecta del Supremo Hacedor, y como alienta un destello de su infinita sabiduria, se destaca de entre todos los seres creados, forma á su cabeza, y ejerce completamente sobre ellos un predominio absoluto.

Tras del hombre, cuya inteligencia traza un límite que no puede jamás salvar esa dilatada escala de seres animados que contemplamos, marcha el leon, imágen viva y encarnacion natural de la fuerza. Así es que mientras que el hombre aspira á dominar por la inteligencia, el leon se impone y avasalla con su bravura y arrojo, y no parece sino que trata de compartir con el hombre el señorío sobre todas las demás especies que le son inferiores.

Desechando, pues, las noticias y detalles equivocados de antiguos naturalistas y viajeros, vamos á describirlo tal cual lo hacen Buffon, Cuvier y algunos otros naturalistas del dia, segregando cuanto hay en sus respectivos trabajos de inverosímil ó exagerado.

El leon suele clasificarse respecto á su tamaño en dos clases completamente distintas. Los unos, de una corpulencia considerable, que varía de nueve á diez piés y medio de largo desde el hocico hasta el nacimiento de la cola, y como unos cuatro y medio á cinco de alto. A la segunda clase corresponden los de pequeña estatura, que no alcanzan mas que unos seis piés de largo con cuatro de alto. La leona es en todas sus dimensiones cerca de una cuarta parte mas pequeña que el leon.

El leon tiene una melena, ó por mejor decir, un pelo largo, que cubre todas las partes anteriores de su cuerpo, y que va creciendo con la edad. No así la leona, que jamás llega á cubrirse, por vieja que sea, de esa especie de crin que constituye el mayor adorno del macho.

La figura del leon es respetable, el mirar osado, el andar feroz, y la voz terrible. Su corpulencia no es tan excesiva como la del elefante y el rinoceronte, ni tan tosca como las del hipopótamo y el buey. No es tampoco demasiado recogida como la de la hiena ó la del oso, ni se prolonga como la del camello, sino que al contrario, es tan bien dispuesta y proporcionada, que el cuerpo del leon parece ser el modelo de la fuerza unida con la agilidad. El leon es tan sólido como nervioso, sin estar cargado de carne, de grasa, ni de ninguna otra cosa supérflua, siendo todo nervios y músculos. Esta grande fuerza muscular se deja conocer á lo exterior, en los saltos ó brincos prodigiosos que da con facilidad pasmosa, en el movimiento impetuoso de su cola, bastante fuerte para derribar á un hombre, en el modo con que mueve la piel de su faz, principalmente la de la fuente, y por último, en la facilidad de mover su melena hácia la direccion que quiere.

Se ha notado que el leon no tiene el olfato y la vista tan desarrollados como la mayor parte de los animales de presa, siendo muy frecuente el que se deje atrás en sus cacerías á los animales que se rezagan y ocultan, con mas especialidad durante el dia en que el resplandor del sol, que parece le incomoda y ofusca.

El paso del leon es ordinariamente fiero, grave y lento, aunque siempre oblicuo: no corre con movimientos iguales, sino saltando y dando rechazos: su carrera es tan precipitada é impetuosa, que no puede pararse de repente, y casi siempre se pasa de su término. Cuando se abalanza de frente á la presa, da un salto de cuatro ó cinco varas, cae sobre ella, la ase con las garras delanteras, la despedaza con las uñas, y luego la devora con los dientes. Cuando su hambre es excesiva, busca y discurre por montes y llanos, hasta tropezar con cualquier animal, acometiéndole inmediatamente y de frente. No así cuando tiene en parte satisfecho su apetito devorador, que entonces procura evitar el encuentro con la presa, y para evitar su huida se ve precisado á esconderse y á esperarlos al paso, echándose de bruces sobre la maleza.

El alimento ordinario del leon es de quince libras de carne por dia; pero puede comer de una vez para media semana, y usa frecuentemente de esta ventaja. Se alimenta, por regla general, con gacelas y monos, aunque á estos no los coge sino cuando están en tierra, porque no puede subir á los árboles.

Mientras es joven y ligero, vive del producto de su caza. Cuando llega á viejo y se halla pesado y poco apto para el ejercicio de la caza, se acerca á los lugares frecuentados, y es muy perjudicial para el hombre y para los animales domésticos, á quienes embiste, prefiriendo siempre hacer víctima al animal y nunca al hombre, á quien acomete solo en el caso de haber recibido alguna ofensa.

Aseguran que prefiere la carne de camello, y que gusta mucho de los elefantes pequeños, los cuales no le pueden resistir cuando no les han crecido los colmillos.

Los únicos animales que pueden resistir, y aun contrarrestar el terrible impulso de este animal feroz, son el rinoceronte, el elefante, el tigre, el hipopótamo y el toro.

El rugido del leon es tan fuerte, que cuando por la noche resuena, formando ecos en el desierto, se asemeja al ruido del trueno.

Este rugido es su voz ordinaria; pues cuando está irritado tiene otro grito, que es breve y reiterado precipitadamente, así como una especie de rumor en tono grave, mezclado con un bramido agudo. Ruge cinco ó seis veces al dia, y mas frecuentemente cuando está para llover. El grito de cólera es mucho mas terrible que el rugido, y cuando lo dá, se azota los ijares con la cola, y con ella golpea la tierra, encrespa la melena, mueve la piel del hocico, menea sus abultadas cejas, muestra sus colmillos amenazadores y saca una lengua armada de puntas tan duras, que por sí solas bastan para desollar la piel y arrancar la carne sin el auxilio de los colmillos, ni de las uñas, otra de sus armas mas terribles.

Tiene mucha mas robustez en la cabeza, las quijadas y en los piés delanteros que en las partes posteriores del cuerpo. Vé por las noches como los gatos, duerme poco y despierta fácilmente.

Sus cualidades externas adquieren indudablemente realce con algunas de sus cualidades internas. A pesar de su increíble ferocidad, es susceptible de domesticarse hasta cierto punto, y de recibir alguna educacion, si bien no es lícito confiar del todo en su trasformacion de carácter, á causa de sus apetitos vehementísimos y de su cólera tremebunda. Se le ha visto varias veces desdeñarse de sus enemigos débiles, despreciar sus insultos y perdonar sus libertades ofensivas. Reducido á cautiverio, se ha notado que suele entristecerse sin irritarse, y que puede adquirir hábitos suaves, obedecer á su amo y halagar la mano que le alimenta.

Aunque la constitucion física de este animal sea una misma en todas las latitudes, se observa constantemente que su índole es varia, y que sus cualidades características se amoldan á todas las situaciones.

El leon habita las pobladas selvas de América, los desiertos arenales del Africa, las nevadas crestas del Atlante, y algunos viajeros aseguran haberle visto en las regiones inmediatas al polo. Sin embargo, la influencia del clima obra en este animal con una fuerza tan poderosa, que trasforma completamente sus cualidades internas.

Su pais, su patria natural, por decirlo así, es el Africa. Crece y se multiplica, adquiriendo todo el desarrollo de que es susceptible su constitucion fuerte y robusta bajo el ardiente sol de los desiertos de Zahara y de Libia. El exceso de calor añade exceso de ferocidad al leon, que se reproduce en estos lugares sin perder nada de su fuerza y fiereza. Vive bastante tiempo, y puede subsistir, no obstante, en los paises templados; pero su naturaleza no conserva vigor alguno; está como enervada y carece de aquella osadía é incontrastable pujanza que hacen de este animal el mas terrible de todos los de su especie.

Se reproduce solo una vez al año. Con respecto al tiempo del preñado de la leona, están divididas las opiniones. Unos creen que dura dos meses, y otros, al contrario, aseguran que seis. Ambas opiniones carecen de pruebas irrecusables; pero una razon de analogía induce á juzgar mas aceptable la segunda, toda vez que la duracion del preñado en los animales está en relacion con el tamaño del feto, y que en todos los

animales corpulentos dura el preñado mucho mas que en los de dimensiones escasas.

La leona pare por primavera, y pasa despues muchos meses en cuidar y dar de mamar á sus hijos. Su amor materno es excesivo. Menos fuerte, animosa y feroz que el leon, es, sin embargo, terrible desde el momento en que dá á luz sus cachorros. Entonces es aun mas arrojada que el leon; no teme ningun peligro; se arroja indistintamente á los hombres y á los animales que encuentra; los mata, carga con la presa, la lleva y la reparte entre sus hijos, á los cuales enseña en breve á chupar la sangre y á despedazar la carne. Ordinariamente pare en lugares muy apartados é inaccesibles, y cuando teme ser descubierta confunde las huellas caminando en todas direcciones, ó procura borrarlas con la cola. A veces, cuando su inquietud es grande, trasporta á otro lugar sus cachorros, y si vé que se los quieren quitar, se enfurece y los defiende hasta el último extremo.

Para dar caza á este feroz animal se acostumbraba ordinariamente echarle una trahilla de perros de presa de gran tamaño, protegidos por jinetes armados de picas ó lanzas. Tambien se les prendia con industria, haciéndoles caer en un foso profundo, que cubrian de follaje atando sobre él un animal vivo y de poco peso.

Los árabes del sur de Argelia creian que el leon era invulnerable á las balas, y cuando sorprendian en los alrededores de su tribu alguna madriguera, acechaban la salida del animal, y le cercaban describiendo un círculo, que iban estrechando progresivamente. Acosado el leon, escogia su víctima, se lanzaba sobre ella, y mientras le clavaba sus terribles garras, acudian los demás y le mataban á lanzadas en medio de una espantosa gritería.

En la actualidad no se caza ya al leon como llevamos indicado. Desde que Gerard, el célebre cazador llamado por los árabes el *Scheik* de los leones, demostró con el auxilio de su carabina *Minié* que la piel del leon no resiste á la bala, ha cambiado completamente el arte de darle caza. Hoy escoge el árabe una noche serena; se pone en acecho y oculto á orillas del arroyo ú *oasis*, adonde acude á apagar su sed, y le dispara despues de afinar al placer su puntería. Rara vez deja el diestro tirador de introducirle una bala en la cabeza ó en el corazon. Pero ¡ay de aquel que yerra su primer tiro! Hecho pedazos, sirve inmediatamente de pasto á la terrible fiera.

La verdadera utilidad que ofrece el leon á la codicia de sus tenaces perseguidores es la piel. Su carne es de un sabor desagradable, y suelen consumirla los negros y los indios cuando carecen de otras provisiones. La piel, que en tiempos antiguos servia de túnica á los héroes, sirve hoy á los árabes de capa y de cama, siéndoles tan apreciada, que es objeto de un lucrativo comercio.

Los dientes y la piel del leon eran antiguamente considerados por los árabes como amuletos preciosos para la curacion de ciertas enfermedades. Hé aquí dos proverbios tomados del libro de Bel Arami: — « Si viniere á cernerse sobre tí el maléfico influjo del *D'jin* (fiebre) de las tierras pantanosas, toma uno de los dientes del sultan de la larga melena y despues de invocar y ensalzar debidamente el nombre de Alá, ponlo sobre tu cabeza al decir la oracion de la *Asala*, y verás como el *D'jin* maléfico tiene que huir espantado. » — « Y si tu caballo fuese presa de la negra enfermedad (el muermo), cúbrelo con la piel fresca del mismo sultan. El animal se echará temblando al suelo, y luego un copioso sudor vendrá á curarle la enfermedad horrible. »

Aparte de los usos indicados que se dan al despojo del leon, advertiremos que son sus mantecas, de calidad muy penetrante, suelen emplearse en algunos medicamentos.

J. M. B.

### Curiosidades científicas.

LO MARAVILLOSO EN LA HISTORIA NATURAL.

(Continuacion.)

La menor lesion de esta parte delicada va seguida de los mas graves accidentes, tales como el embrutecimiento, el sueño letárgico, la parálisis y la muerte. Vamos á abrir el cráneo de nuestra salamandra con un instrumento muy cortante. Vaciamos ahora los sesos por medio de un simple mondadientes, y no dejemos absolutamente nada; ¿vamos á ver los accidentes que he dicho mas arriba se desarrollaban progresivamente? Nada de eso, pues tan luego como volvemos á meter el animal en el agua, continúa paseándose, comiendo y desempeñando todas las funciones de la vida, como si nada le hubiera sucedido.

¿Qué fortaleza tiene! Ya que no la hemos podido matar así, acabemos de una vez con ella cortándole la cabeza. ¡A fe mia! el milagro de san Dionisio no hace efecto, pues mirad á nuestra salamandra que se pasea sossegadamente sin cabeza por el agua del estanque. Solo su andar es sobresaltado y zozobroso; pues se ve que teme tropezar con su herida en los cuerpos que la rodean; y para evitar los golpes dolorosos, tiene cuidado de ir poquito á poco, y de andar á tientas con sus patas delanteras. Siempre que tiene necesidad de re-

sollar, sube á la superficie del agua, y presenta al aire su muñon de pescuezo, idénticamente lo mismo que el animal entero que viene á presentar el hocico. El ambiente penetra en los pulmones por el agujero de la tráquea, y el animal se vuelve al fondo; ¿pero cómo come? Esto es lo que yo me vería muy apurado en decirlo. Probablemente las particillas de materias orgánicas, diseminadas en las aguas, penetran en el estómago por el agujero del pescuezo. Lo cierto es que vive perfectamente en este estado y que ha habido quien las ha conservado así por espacio de mas de tres meses, y que murieron por varios accidentes causados por la falta de cuidado, y no se sabe si se habria formado una nueva cabeza; mas este es un experimento fácil que podeis continuar. El animal se habitúa muy bien en una vasija de loza ó de vidrio, como sea de tamaño competente, y se tenga la rigurosa precaucion de mudar el agua cada dos ó tres dias. Vereis con pasmo que al cabo de poco tiempo de haberle cortado la cabeza, conocerá la vasija de memoria, en términos de no tropezar ya contra sus paredes.

Por lo demás, muchos animales están dotados de una pujanza vital casi igual á la de la salamandra. Las tortugas, por ejemplo, se forman perfectamente un ojo nuevo cuando le arrancan alguno. Me ha sucedido variar completamente la caja huesosa que forma el cráneo de una tortuga griega (*Testudo graeca*, Lin.), y continuar viviendo en mi jardin con todos sus hábitos.

Solo sus movimientos no eran tan regulares, é iba un poco mas pesada en el andar. Vivió de esta suerte por espacio de seis meses, hasta que las heladas la mataron.

Cuando en una hermosa velada de estío llega á caer una suave y cálida lluvia, percibireis por el crepúsculo un entecillo habitador de vuestro jardin, que sale de su retiro inaccesible á los rayos del dia; que corre pausadamente por las hojas de las flores y de los arbustos. En el lomo lleva su casa de nácar, adornada de varios círculos en espirales del negro mas subido y brillante. Es ciego, mas su cabeza está armada de cuatro cuernitos ó tentáculos de tan exquisita sensibilidad, que le advierten la cercanía de los cuerpos aun antes de tocarlos. Al menor choque, al tacto mas delicado, vuelven á entrar en sí mismos estos probadores como los dedos de un guante, y simándose luego en la cabeza, desaparecen. La misma cabeza vuelve á entrar en su casa, y no se percibe del animal mas que la concha. Ya reconocéis la limaza de librea ó caracolito de los árboles (*Helix nemoralis*, Lin.), con que habeis jugado tantas veces en vuestra niñez. Este viviente tan mínimo en apariencia goza no obstante de una potestad asombrosa de reproducción. Cojamos el instante en que, caminando sin zozobra, alarga hácia adelante los cuatro tentáculos, y cortémosle la cabeza con un bisturí ó con una navaja de afeitar. El dolor le hace al momento retirar en su casa lo restante del cuerpo, del que se desprende un licor baboso y pegajoso. Este licor se seca al aire, pegando con bastante solidez las orillas de la concha á la superficie del cuerpo en que lo hayais colocado. Si en tal estado depositais el animal en un paraje que esté al abrigo de la intemperie y sobre todo de los rayos desecantes del sol, quedará allá en tan perfecta inmovilidad durante quince ó veinte dias, que parecerá muerto.

¿Qué misterio pasa en aquella concha herméticamente cerrada que burla las desaladas y curiosas miradas del observador? No lo sé; mas el resultado nos manifestará uno de los fenómenos mas extraordinarios de la naturaleza, y podreis hacer los mas profundos raciocinios acerca de las impenetrables miras de la Providencia que otorga á la mas miserable de las criaturas, á una vil limaza que se arrastra por el cieno una potencia de facultad milagrosa, un favor inaudito que ha negado á todos los animales mas perfectos, hasta al hombre, que es la entidad descollante de la creación. Cumplido el plazo queda obrado el milagro; pues vereis la concha que empieza á levantarse por un movimiento imperceptible; de varios puntos brotan chorrillos de un licor claro que desencola la limaza del cuerpo á que estaba pegada. Mirad al viviente que levanta la concha, y se le ve salir con una cabeza nueva armada de sus cuatro tentáculos, provista de sus labios, de sus quijadas, y en una palabra, tan grande y completa como aquella de que le privásteis. Cuando se recapacita la importancia del órgano cortado, es preciso admirar tal maravilla y quedar atónito allá por toda la vida; porque no hay materia que dé mayor campo á la cavilacion. Ofrece tambien la limaza en su constitucion una rareza no menos peregrina, y es la de ser á la vez macho y hembra como una flor hermafrodita.

Ahora os traslado á las orillas arenosas del Océano. No os haré notar aquel horizonte que parece inmenso, aunque esté limitado á dos ó tres leguas, aquel azulado cielo que se amolda con el verde oscuro de las aguas, aquellos buques que aumentan de dimensiones conforme se van acercando y que parecen salir poco á poco del seno del mar, en fin aquel espectáculo tantas veces descrito por los poetas; sino que, bajo vuestros pies, en aquel arenal cascajoso que las aguas acaban de abandonar, quiero haceros admirar un drama del gusto mas nuevo. Sentémonos sobre esta peña sin hacer el menor ruido.

Acaba de quedar en seco una ostra: atónita y alegre por el nuevo elemento que la acaricia y le trae un temple halagüeño, despega las pechinas de su concha para empaparse todo el cuerpo en él; mas un saltador emboscado en aquellas cercanías la acecha escondido detrás de una piedra, y se le arrima caminando

de lado y sesgando, sin apartar los ojos de su víctima. Su cuerpo está armado de una espesa y dura coraza de mezcilla verdosa; camina sobre ocho piés largos y ágiles, y lleva delante dos uñas fuertes y amenazadoras; es la langosta de mar comun (*Cancer maenas*, Lin.) de los naturalistas. Arrójase sobre su presa; mas avisada la ostra del peligro, cierra al momento sus dos pechinas, y feliz la voraz langosta si no deja en ellas una ó dos de sus belludas patas. Da vueltas un instante en derredor de su presa, que, encerrada en su inexpugnable fortaleza, desprecia á mansalva sus miras siniestras, y retirándose al fin, cree la ostra poder volver á abrir sin peligro su casa; mas su enemigo se vuelve á arrimar poquito á poco sin hacer el mas mínimo ruido y lleva en una una piedrecita que ha recogido en la arena: tiene la maña de colocarla ejecutivamente en la concha del marisco, y cuando quiere este cerrarla, no puede, y es fácil pasto del saltador. Dispónese la langosta á devorarlo, mas saliendo del mar otro individuo, viene á disputárselo, y de ahí resulta una pelea de muerte de las mas curiosas. Al principio se acometen estos dos animales caminando de lado; y girando el uno al rededor del otro, se hieren con las esquinas de su escudo y procuran derribarse; luego se dan grandes golpes con sus patas delanteras y procuran cogerse con sus uñas, y no se sueltan hasta que están rendidos por el cansancio ó las heridas, y el vencido se pone en vergonzosa fuga.

Nuestra langosta vencedora ha quedado dueña del campo de batalla; pero en la refriega se medio rompió una uña. Se ve que su herida es dolorosa, porque se retira titubeando á su húmedo albergue, y todo su cuerpo se abandona á un temblor convulsivo. ¿Qué será de ella? Sin duda ha de morir, pues la costra petrosa que la cubre no se vuelve nunca á curar cuando la han horadado ó rajado; en breve se introducirá la gangrena en las carnes expuestas al aire, y la pérdida del brazo enfermo acarreará la del cuerpo, si un hábil cirujano no le hace la operacion. ¡Pues bien! ella misma será el cirujano, y ya empieza la faena. La langosta voltea la pata herida con un movimiento lento, que despues aumenta progresivamente en velocidad, y en fin llega á ser una especie de aleteo muy rápido que dura uno ó dos minutos. La pata se desprende de golpe en su primera articulacion con el cuerpo, y está fuera de peligro el animal. Mas ¿cómo se desprendió aquella pata? No sé sobre el particular mas de lo que os dicho, y os he dicho lo que he visto. Lo mismo que en la salamandra, le volverá á nacer otra pata en lugar de la cercenada, pero por mucho tiempo quedará mas pequeña que la otra, y por esta razon se encuentran tantas veces langostas, cabrajos y cangrejos con esta deformidad, pues toda la numerosa familia de los crustáceos goza de la pasmosa facultad de reproducir los miembros que se les arrancan. Solo pueden vivir estos animales en las aguas vivas y corrientes, en medio de las raices, de los peñascos, en los rios y la mar. Expuestos continuamente á ser arrastrados por las aguas, rodados por las olas, golpeados por las piedras, ó encerrados entre raices, bien pronto quedarían destruidos pedazo por pedazo, si no tuviesen esta facultad de reproducción.

Ya habeis visto animales cuyos miembros renacen como las ramas de un árbol que corta la podadera de un diestro jardinero; pero hay con todo esto la prodigiosa diferencia de que las partes separadas del viviente han muerto para siempre, al paso que viven en los vegetales; y para constituirse individuos cabales y perfectamente parecidos al que los llevaba, solo requieren las partes arrancadas del tronco hallarse en circunstancias favorables, que se reducen á plantarlas en la tierra y regarlas; bien pronto echan raices y son entonces lo que los cultivadores denominan *estacas*.

¡Animales ingertos! muy raro sería esto; sin embargo, busquemos, y puede que los hallemos al rededor de nosotros. Mirad al jardinero que, revolviendo la tierra de vuestro jardin, saca tamaña lombriz (*Lumbricus terrestris*, Lin.). Para destruir este gusarapo que cree perjudicial á sus cultivos, de un hazadonazo lo parte en dos pedazos, y luego continúa su tarea. Cree haberle dado la muerte, y no ha hecho mas que duplicar su existencia, desdoblándole la vida; en una palabra, de un gusano ha hecho dos. Recoged los trozos en una vasija llena de tierra húmeda, y al cabo de algunos dias vereis que se han hecho dos animales tan perfectos como el primero. Las náyades (*Nais*, Lin.), harto comunes en las aguas muertas de nuestros rios y estanques, tienen una pujanza de reproducción mas pasmosa que nuestras lombrices, con las que guardan por lo demás mucha analogía. Se pueden cortar en varios trozos, y todos formarán en breve otros tantos vivientes cabales.

En las lentejas de agua que nadan en la superficie de este charco, os voy á enseñar el ente mas extraordinario que la naturaleza haya producido en la clase de los animales; este viviente es la hidra verde (*Hydra viridis*, Cuv.). Su cuerpo es cónico y se asemeja á un tintero de asta verde. La abertura de este tintero es la boca, cuyas orillas están guarnecidas de hilachas que le sirven de probadores ó tentáculos. Con organizacion tan sencilla, desempeña este pólipo todas las funciones de la animalidad; nada, se arrastra, y aun camina fijando alternativamente sus dos extremos como las sanguijuelas ó las orugas agrimensoras; tremola sus ensayadores, valiéndose de ellos para coger su presa, que traga y digiere á ojos vistos en el saquillo de su cuerpo trasparente. Carece de ojos; mas con todo, es fácil percibir que le encarna la luz, porque la busca. Tomemos

uno de estos vivientes y depositémoslo en una vasija de vidrio llena de agua, que tendremos cuidado de renovar de cuando en cuando, y le conservaremos para repetir con él algunos de los numerosos experimentos que han hecho varios naturalistas.

Al cabo de algunos dias vemos despuntar en el cuerpo de nuestro pólipo, acá y acullá, pequeñas vegetaciones que pronto le forman como ramas: son hijos que empiezan á nacer. Esperemos algunos dias mas, y se desasirán de su madre como para tomar una existencia separada.

Tomemos uno de nuestros pólipos y cortémosle en cinco ó seis pedazos, y cada fragmento reproducirá en breve un animal perfecto. Cortémoslo, dividámoslo en particillas muy menudas, y todas presentarán el mismo fenómeno; ¡tan poderosa es en él la pujanza reproductiva!

Procuraremos volver uno de estos animales, de suerte que pongamos por la parte de fuera el interior de su cuerpo, y por la de dentro la superficie exterior, absolutamente como cuando se vuelve un guante ó una media. Este nuevo modo de existir le es de todo punto indiferente; pues nada, anda, come, digiere como si no le hubiésemos hecho nada absolutamente.

Mas aquí hay dos, uno grande y otro pequeño, que batallan por un pasto reducido á un gusanito; el uno lo ha cogido por un extremo y el otro por el otro, y los dos lo tragan por el extremo que tienen; así se van acercando poco á poco, y ya los teneis boca contra boca. ¿Qué va á suceder? una cosa muy sencilla, y es que no queriendo el pólipo pequeño desengullir la parte del gusano ya tragada, queda buenamente tragado por el otro. Pero no os incomodeis por él, porque en el estómago de su camarada hará como Jonás, que tomaba paciencia en el vientre de la ballena. Efectivamente, continúa pacíficamente engullendo el gusano enterito, y cuando lo ha digerido con toda comodidad, hace pedazos el estómago del pólipo grande, sale de él, y ambos están tan buenos y son tan amigos como si nada hubiese sucedido.

Vuestro jardinero engerta á veces los árboles: veamos si podremos asimismo ingertar nuestros pólipos; para esto emplearemos un método que los horticultores llaman de arrimadillo. Tomamos desde luego uno, al que hacemos con un bisturí un corte largo en toda su longitud, de suerte que lo abramos como hace una cocinera con un pichon asado en parrillas. Hagamos la misma operacion con otro pólipo, y apliquemos el uno contra el otro; con dos cerdas hacemos dos costuras para mantener las partes en sus lugares, y dejaremos así ambos vivientes en su vasija por espacio de cuarenta y ocho horas. Al cabo de este tiempo se habrá perfectamente operado la soldadura; retiraremos las dos cerdas, y de dos animales tendremos uno solo. Su forma será la misma que la de un pólipo ordinario, con la sola diferencia que la boca y el estómago habrán aumentado considerablemente de diámetro.

Ingertémoslo de otro modo. No lo haremos en toda su longitud, sino solo por el cimientto, y dejaremos intacta la boca. Reuniremos dos, así preparados, y los sujetaremos con una cerda. Dos dias despues, no tendremos mas que un animal, pero provisto de dos bocas para alimentar un solo estómago. Podemos ingertar así tres, cuatro y mas, uno sobre otro, para no componer mas de uno.

¿Qué es pues la individualidad, el yo, el egoismo, como dicen los ingleses, en la lombriz, la náyade, los pólipos y una infinidad de otros animales que los naturalistas han definido seres vivientes «que tienen el convencimiento de su existencia?» Yo os lo voy á decir, pero muy quedo, porque si aquellos caballeros me oyesen, no dejarían de pedir auxilio contra mí, y no estarían contentos hasta haberme sujetado bien.

(Se continuará.)

### Fiesta nocturna en el Bósforo.

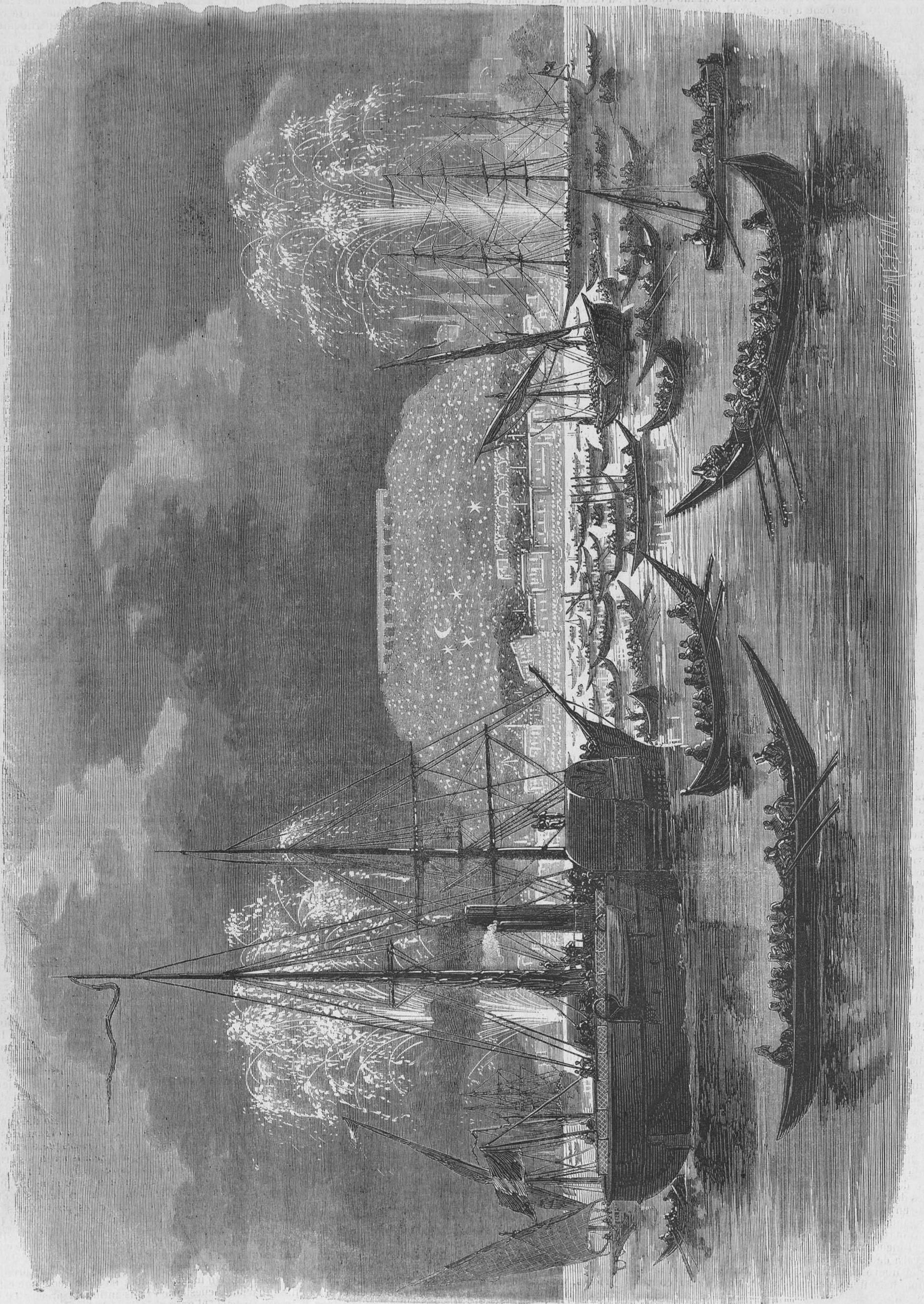
El 28 de junio ha habido una gran fiesta en Constantinopla. Toda la poblacion celebraba el aniversario de advenimiento al trono del sultan Abdul-Aziz, y como todo el mundo en aquella ciudad rinde homenaje á los esfuerzos que hace el soberano para regenerar el imperio, el aniversario dió margen á una fiesta entusiasta. Sabido es que la ciudad de Constantinopla se presta al espectáculo de las grandes iluminaciones. Ahora bien, en la ocasion presente ese espectáculo ha sido verdaderamente admirable.

En la mañana hubo recepcion en el palacio del cuerpo diplomático, de los ministros, los altos dignatarios y los jefes de comunidades; por la tarde banquete en Bebek, en el yali del gran visir, al que asistieron los principales jefes de mision con sus respectivos intérpretes.

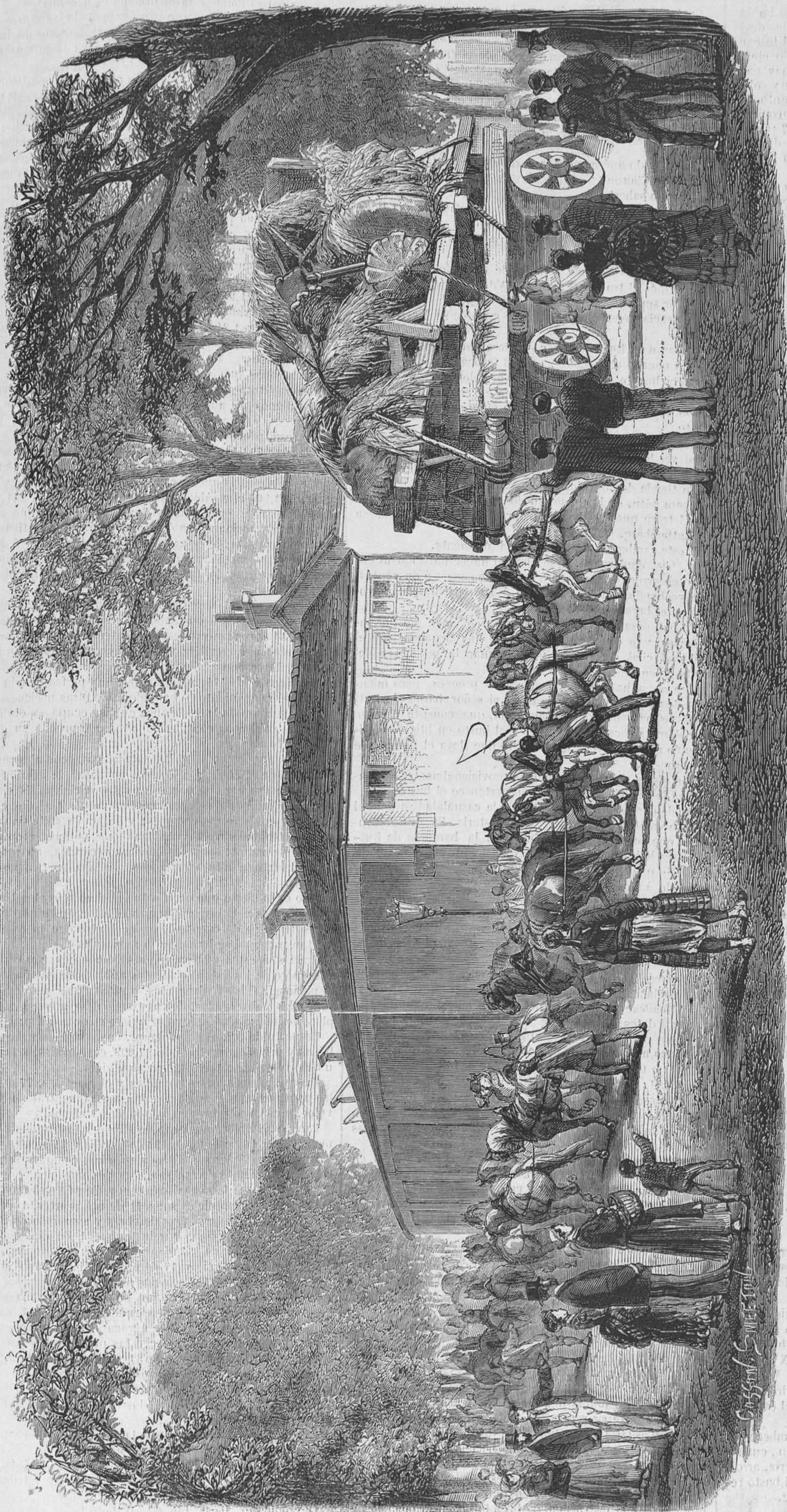
Los europeos como los musulmanes, aunque los primeros no tenían tal obligacion, cerraron tiendas y oficinas, y luego por la noche las casas particulares se iluminaron, sin que hicieran mal papel al lado de las maravillosas iluminaciones de los yalis del Bósforo, que desde su entrada hasta Terapia, en un trayecto de cuatro leguas, presentaba una doble línea de luces.

Hubo tambien fuegos artificiales, y el Bósforo presentaba un aspecto mágico. Ahora hay que decir que estas iluminaciones cuestan en Constantinopla precios fabulosos. Alí-bajá, el gran visir, ha debido gastar por sí solo algunos miles de francos.

B.



CONSTANTINOPLA. — Fiesta nocturna en el Bósforo, con motivo del aniversario del advenimiento del sultan.



PARIS. — Salida del depósito de los mármoles, de la estatua de Luis XVI, con dirección á Burdeos.

### La estatua de Luis XVI.

El martes de la última semana pasaba en el depósito de los mármoles del guarda mueble de la corona, cuyo conservador es M. Cardaillac, una escena curiosa é interesante por mas de un concepto. Sacaban de allí una estatua de grandes dimensiones (4 metros de altura y 20,000 kilogramos de peso), y esa enorme masa, cediendo dócilmente á la poderosa accion de una combinacion de garruchas, fué colocada tendida en un inmenso carro, tal como se ve en nuestro dibujo, y arrastrada por veinte y cinco caballos, partia poco despues para el lugar de su destino, que es Burdeos.

Esta estatua, que tiene su historia, representa á Luis XVI. Sabido es cuánto en Burdeos respetaron la memoria de este rey. Fieles al culto de los recuerdos y agradecidos á los beneficios que recibieron sus habitantes, abrieron entre sí en 1828 una suscripcion para elevar un monumento que fuera la expresion de sus sentimientos hácia aquel monarca. En su idea, este monumento debia figurar en medio de la hermosa plaza abierta sobre las ruinas del castillo Trompette, lo que habria realizado en parte un grandioso proyecto concebido en 1785, época en que se resolvió definitivamente la demolicion de aquel castillo. El arquitecto Louis, que elevó el gran teatro de Burdeos, hizo el plano de la plaza, que no habria tenido rival en el mundo, si hemos de creer lo que dice el *Journal de Guienne* de 1787; hé aquí sus palabras: « La plaza en cuestion se formará con un semicírculo de 150 toesas de diámetro, cuyas dos extremidades terminarán en dos partes rectas paralelas al muelle de unas 60 toesas de largo cada una. La profundidad será de 120 toesas y la circunferencia de 265. Se dividirá en 13 arcos de triunfo que darán salida á 13 calles de 54 pies de anchura, todas divergentes y mirando al centro de la plaza, donde se elevará una estatua colosal que recordará la de Trajano y de Antonino. La estatua del rey se pondrá encima de la columna, y podrá ser vista de todas las partes de la ciudad. La altura de esta columna, de su pedestal y de la estatua de S. M., será de 180 pies, con 15 de diámetro. Los ornatos consistirán en bajo-relieves y todos los atributos que caracterizan las benévolas virtudes de nuestro augusto monarca... »

Luego el mismo periódico pasa á la descripcion de los edificios que debian acompañar al monumento, todos ellos de una suntuosidad mas que notable.

M. H. Ribadieu, que publicó en 1853 una interesante *Historia de Burdeos* durante el reinado de Luis XVI, nos dice que esa plaza debia llamarse *Plaza Luis XVI*, y el monumento *columna Ludovica*. Luego enumera los nombres de las 13 calles proyectadas en relacion con los 13 arcos de triunfo, y vemos que debian ser estos: calles de New-Hampshire, de Massachussets, de Rhode-Island, de Connecticut, de New-York, de New-Jersey, de la Pensilvania, de Delaware, del Maryland, de la Virginia, de la Carolina del Norte, de la Carolina del Sur y de la Georgia. Eran pues los nombres de las 13 provincias unidas de América, á cuya independencia contribuyó la Francia.

Los sucesos que se preparaban y que sobrevinieron poco despues, impidieron que este plan se llevase adelante, y mas tarde, cuando se continuó, fué bajo distintas condiciones. Se creó la plaza, sin los edificios proyectados, sin la columna central ni la colosal estatua. Sin embargo, los bordeleses querian que al menos la imagen del rey que les merece un cariño particular, figurase, aunque de un modo mas modesto, en una plaza destinada á llevar su nombre. De aquí la idea de la suscripcion de 1828, que se cubrió rápidamente. La estatua encargada á M. Raggi y ejecutada por él en 1829, fué vaciada en 1830. Un incidente verdadera-

mente extraño se produjo cuando salió del molde. Hallábase presente toda la corte. Estaban allí el rey, la duquesa de Berry, la duquesa de Angulema, sin hablar del brillante séquito de los principales personajes de la época. Ahora bien, sea porque se calculara mal la cantidad del metal en fusión, sea por otra causa, lo cierto es que la estatua apareció... sin cabeza. No hay para qué describir la escena... Todos se espantaron, y sobre todo para la duquesa de Angulema el momento fué horroroso. La hija del ajusticiado del 21 de enero arrojó un grito y se desmayó. ¿Fué un presagio? ¿Quién sabe! En todo caso, resultó que algunos meses después estallaba la revolución de julio, y Carlos X y su familia tomaban el camino del destierro.

Esta revolución fué un nuevo obstáculo para la realización del deseo de los bordeleses, pues no pudieron obtener del gobierno de Luis Felipe que les entregara la estatua, que por fin acaba de poner á su disposición el gobierno del emperador Napoleón III. La estatua debe colocarse provisionalmente en el jardín de la alcaldía de Burdeos, hasta que se construya el museo de esta ciudad, si es que se construye. Pero ¿quién sabe! puede que algún día la admiremos, pues es digna de admiración, en la gran plaza que la espera en vano hace tanto tiempo.

Luis XVI está representado de pie revestido con el manto regio y con la cabeza descubierta. Con una mano tiene su sombrero, y la otra está apoyada en un almohadon donde descansa la corona. C. P.

## Revista de Paris.

El palacio de la Industria, situado en los Campos Eliseos, no puede permanecer desocupado sino á cortos intervalos, el tiempo suficiente para que á una Exposición siga otra. Acaban pues de salir de sus galerías los cuadros y las estatuas, cuando ya la Union central de las Bellas Artes aplicadas á la industria se ha apoderado del edificio y organiza otra exposicion que por cierto no dejará de ser interesante.

Sabido es que hace cuatro años esta sociedad dirigió un llamamiento á los principales coleccionistas y propietarios de objetos de arte para preparar la sorprendente exhibicion que con el título de Museo retrospectivo pudo admirarse en aquel palacio. Dos años después imitó su ejemplo la Comisión imperial de la Exposición universal, y todos los que visitaron el Campo de Marte recordarán eternamente las riquezas que se reunieron en las galerías consagradas á la Historia del trabajo.

Pero á la par que los hombres competentes, los artistas y los industriales estudian los vestigios del arte en los pasados siglos, la exposicion de los productos orientales atraía también sus miradas y les ponía de manifiesto que el arte aplicado á la industria ha seguido siempre en sus buenas épocas los mismos principios á pesar de la infinita variedad de los resultados.

Ahora bien, como el Oriente ha enseñado tanto al Occidente desde la época griega hasta los tiempos contemporáneos, ha parecido oportuno patentizar la autoridad de sus lecciones reuniendo las más bellas muestras del arte y de la industria de esos países.

La Union central ha decidido pues abrir á sus expensas este año una exposicion de los productos del arte oriental antiguo y moderno, para la cual se reclama la cooperacion de los aficionados.

Al lado de los tipos veremos en esta exposicion las modificaciones introducidas por otro gusto y otras civilizaciones, y de este modo la industria moderna podrá comparar y aprender viendo lo que en esta via se realizó en épocas anteriores.

En suma, propónese la Union central presentar al público una Historia completa del arte oriental, de sus transformaciones y de su influencia en Europa, en una exposicion que durará desde 1° de agosto hasta setiembre.

A propósito de cosas de arte, la crónica judicial de la semana nos ofrece una historietita muy notable.

Parece ser que un traficante en curiosidades, comercio que entre paréntesis sea dicho, es de los más lucrativos que se ejercen en esta capital, donde hay tanto dinero de sobra. M. Alix, que tiene sus almacenes en el barrio de San German, exponía en los escaparates un busto de acero fino, á cuyo pie había un papel con un letrero que decía: MADemoiselle CLAIRON.

Todo el mundo se detenía á contemplar, siquiera fuese un instante, la noble y agraciada fisonomía de la gran trágica á quien hicieron tantos versos los poetas contemporáneos, y que hizo tal furor en el París del siglo XVIII, que se acuñó una medalla en su honor, y que Luis XV quiso enriquecer con una orla de 5,000 francos el cuadro en que Vanloo representó á la moderna Melpómene en el carro de Medea.

No hace muchos días el señor baron de Ruttemberg pasaba por la calle donde está la tienda en cuestion, cuando de repente al distinguir el supuesto busto de la actriz, arroja un grito de sorpresa, bien justificada, pues el tal busto representa á su esposa, la baronesa de Ruttemberg.

¿Qué enigma podía ser este?

El baron de Ruttemberg cultiva la escultura en sus ratos

de ocio, y hacia ya mucho tiempo habia modelado en yeso el busto de su señora.

Contento de su obra y queriendo asegurarla mayor duracion la confió á un fundidor para que la vaciara en acero fino, y efectivamente, así se hizo.

Mas hé aquí que á consecuencia de circunstancias que nada tienen que ver en esta relacion, M. de Ruttemberg no se apresuró á recoger la obra del fundidor, y este último, después de haber esperado algun tiempo que le pagaran el trabajo y se llevaran de su casa el objeto salido de sus crisoles, acabó por perder la paciencia y se le vendió á M. Alix.

¿Cómo y de qué manera la baronesa de Ruttemberg vino á ser Mlle Clairon?

Vamos á saberlo.

El baron de Ruttemberg entra inmediatamente en la tienda, se da á conocer y exige que se quite al punto la engañosa inscripción y que el busto de su señora no quede en venta.

— Hay un medio muy sencillo de hacer lo que Vd. desea, le dice el traficante; compre Vd. el busto.

— Por supuesto.

Desgraciadamente, no pueden entenderse acerca del precio.

El baron de Ruttemberg no quiere dar más que lo que habria pagado al fundidor; pero el traficante contesta que, comercialmente, la obra tiene mayor valor, que él no quiere renunciar á su beneficio, ni está en el caso de hacer al baron de Ruttemberg concesion de ninguna especie en este punto.

Quizás el baron de Ruttemberg se vanaglorió como artista al ver lo mucho que se estimaba su obra; pero como particular le pareció muy caro el precio, no cedió y salió de la tienda de curiosidades sin cerrar el trato.

Ahora bien, el busto se quedó en su puesto, pero con otro letrero que llevaba el nombre de la señora baronesa de Ruttemberg.

Y este cambio se efectuó muy naturalmente.

M. Alix, deplorando en el alma el haber inducido al público en error, se apresuró á rendir homenaje á la verdad, aprovechando el dato que debía á su recalcitrante parroquiano el baron de Ruttemberg.

No hay para qué decir que este señor no se dió por satisfecho; y lo que hizo fué entablar una demanda ante el Tribunal civil del Sena para reclamar la propiedad del busto de su señora.

Aun no se ha juzgado tan singular proceso, pero mientras llega la solucion definitiva, el señor baron de Ruttemberg ha pedido una transitoria, que consiste en que se obligue á sacar del escaparate el busto en litigio, suprimiendo al mismo tiempo el letrero que lleva el nombre de la baronesa.

Con efecto, así se ha mandado provisionalmente, en tanto que la justicia decide á quién pertenece el busto.

Puede decirse que únicamente á la casualidad se debe el descubrimiento de esta peregrina historia. En esta inmensidad que se llama Paris, el busto de la baronesa de Ruttemberg habria podido estar expuesto al público muchos años sin que nadie entre su familia y sus amigos hubiese acertado á verle.

¿Cómo no ha de suceder así en una ciudad que cuenta un millon y setecientas mil almas?

Esta cifra es muy moderna: es la de la última estadística parisiense, cuyos guarismos principales acabamos de ver estos días en los periódicos.

¿Quiéren saber nuestros lectores cómo se descompone esta poblacion, y cuáles son sus medios de subsistencias?

El *Moniteur* ha deducido del cuadro oficial los siguientes curiosos datos:

En esa cifra de 1.700,000 almas se cuentan 750,000 hombres, 700,000 mujeres y 250,000 niños.

De este total de habitantes hay 400,000 que viven de la propiedad, de las funciones gubernamentales, de empleos y profesiones liberales, abogados, médicos, etc.

Luego se cuentan 100,000 que están en las escuelas, en los hospitales, en las cárceles, en las comunidades, en las sociedades de enseñanza, etc.

Después tenemos 200,000 que viven del comercio en grande ó en pequeño, en almacenes y tiendas al por mayor y al por menor, en sus casas, en las calles, en los mercados, etc.

Un millon de personas viven de la industria, fabricantes, amos y obreros.

Hay 35,000 soldados.

La mano de obra por la que se fabrica y confecciona la masa de todos los objetos grandes y pequeños que forman el conjunto de la industria parisiense, está representada por 416,811 obreros.

De estos 416,811 obreros hay 285,861 hombres, 105,410 mujeres y 25,540 niños.

Por último, diremos también la fuerza de brazos que representa en Paris el vapor.

Existen en la capital 1,800 máquinas de vapor, las cuales representan juntas una fuerza de 10,000 caballos.

Un caballo-vapor representa la fuerza de 7 brazos.

La fuerza total de las máquinas de vapor que hay en Paris, equivale pues al trabajo que hacian 70,000 brazos, ó sean 35,000 obreros.

A propósito de cifras interesantes, otra estadística oficial también tenemos á la vista, en que se hacen constar los progresos de la instruccion de los adultos en Francia.

Nada más útil que esta enseñanza, de creacion reciente,

y que toma cada día mayor incremento: sus resultados son dignos de ser conocidos, siquiera sea para estimular el celo en los países donde esta institucion es necesaria.

Durante el último invierno han frecuentado las clases de adultos 800,000 jóvenes de ambos sexos, deseosos de instruirse y de perfeccionarse mientras llegaba la primavera, y con ella el trabajo.

El número de escuelas de adultos abiertas en ese tiempo ha sido de 33,638, de ellas 28,172 para los hombres y 5,466 para las mujeres.

La desproporcion es grande: por cada seis hombres que siguen los cursos de adultos hay una mujer; pero sabido es cuánto se oponen aun ciertas preocupaciones á la instruccion femenina. Sin embargo, mucho se trabaja en Francia contra esas preocupaciones, y mucho se adelanta por fomentar esta enseñanza tan descuidada hasta el día.

De las 800,000 personas que han asistido á los cursos de adultos, 32,196 contribuyeron con alguna retribucion, y 760,940 no pagaron nada.

¿Con qué recursos cuentan estas escuelas?

Primeramente la retribucion de los que pagaron se eleva á la suma de 121,934 francos.

Los consejos municipales, en número de 10,830, votaron la cantidad de 1.246,139 francos; los consejos generales 95,952 francos, y los donativos particulares suministraron 100,714 francos.

Vemos pues que todo el mundo contribuye, hasta los mismos institutores, que se imponen sacrificios verdaderamente dignos de alabanza para fomentar los cursos de adultos.

Los resultados obtenidos son dignos de notarse.

Entre las 793,136 personas que han seguido los cursos el último invierno, habia 91,487 que no sabian nada, 78,816 que no sabian más que leer, 148,631 que sabian leer y escribir, 163,506 que sabian leer, escribir y contar, 244,227 que conocian la ortografía, y finalmente, 66,469 que añadian á estas nociones una ó varias materias facultativas.

La mayor parte de estas personas han aprendido ó adelantado en su enseñanza: únicamente 17,435 no han aprovechado de un modo apreciable las lecciones de las clases de adultos.

En resumen del susodicho número de alumnos completamente ignorantes ó que sabian escasamente leer ó escribir, 24,330 aprendieron á leer corrientemente; 52,167 aprendieron además á escribir; y por último, 225,002 saben hoy contar y hasta han adelantado algo más su instruccion. Por lo que hace á los 474,202 restantes, han perfeccionado sus primeros conocimientos ó han adquirido otras nociones.

Esta cuestion de la enseñanza pública ocupa en el día á todos los gobiernos con una solicitud que prueba su gran deseo de fomentarla.

Es achaque comun en las estadísticas generales sobre esta materia el atribuir á España un papel de inferioridad que no cuadra por cierto con los datos oficiales. Es cierto que en España no se hacen continuamente trabajos estadísticos como en otras naciones; y de aquí resulta sin duda que no teniendo á la vista más que noticias atrasadas cuando se confeccionan los cuadros generales, aparece el país á la misma altura en que se hallaba en tiempos ya pasados.

Pero es lo cierto que en la actualidad no solo el gobierno publica estas noticias, sino que salen á luz Anuarios y otras obras donde se da cuenta de los adelantos que en este ramo tan principal se hacen en la península.

Gracias á estas publicaciones sabemos hoy con certeza el número de los establecimientos públicos de enseñanza en la península é islas adyacentes, y estos datos merecen ser conocidos y divulgados, de cuyo modo desaparecerá esa deplorable inferioridad en que se quiere colocar á España.

Respecto de primera enseñanza, hay, entre escuelas públicas y privadas, un total de 27,098, concurridas, según el último censo, por 1.425,399 niñas y niños.

Existen además, entre normales y elementales, 77 escuelas para maestras y maestros, una normal central de párvulos, y cinco colegios de sordo-mudos y ciegos.

Para la segunda enseñanza existen dos Institutos de primera clase, 16 de segunda, 32 de tercera y 14 locales.

Las universidades son diez, y en ellas, como es sabido, se da la enseñanza de teología, derecho, medicina, primera y segunda clase; farmacia, ciencias y filosofía y letras.

Las escuelas especiales son: 11 de bellas artes, 1 de arquitectura, seis de maestros de obras y aparejadores, 1 de música y declamacion, 2 industriales, 1 de diplomática, 5 de notariado, 4 de veterinaria, 1 conservatorio de artes, 4 escuelas de comercio y 17 de náutica. Hay además 29 colegios de internos y 118 colegios privados.

El presupuesto de instruccion pública en España en el año económico de 1868 á 69 asciende á 22.428,090 reales; pero á esta cantidad hay que agregar lo que para gastos de primera enseñanza satisfacen las provincias y los municipios, que sube á cerca de 87 millones. Resultan pues cerca de 110 millones destinados á la instruccion.

En Francia, el presupuesto propio de instruccion pública, sin contar lo que suministran los ayuntamientos, importa 23 millones de francos.

En Inglaterra, siendo menor la poblacion, el gasto es mayor; pasa de 34 millones de francos.

En Inglaterra se consagra grandísima atencion á la primera enseñanza, y los maestros están mejor retribuidos que en Francia y en España.

La crónica de Paris, tan estéril durante el verano, nos permite estas excursiones que hacemos con gusto por lo

que tienen de interesantes; pero sin embargo, no olvidaremos que las noticias de París no deben estar ausentes de estas revistas.

La principal esta semana es que han sobrevenido de repente en esta capital los calores de la zona tórrida. No se habla mas que de baños frios. El Sena es el gran salon de los parisienses que no han emigrado de la capital huyendo de tan fulminante temperatura.

Las playas marítimas están de enhorabuena. Despues de haber temido la soledad mas completa en esta estacion en que tanto tardaban los calores, hé aquí que de repente la gente se apresura á tomar el camino de Dieppe ó de Trouville. Una vez concebido el proyecto, los preparativos no son largos. Se toma la última novela á la moda, una coleccion de trajes, lo mas abundante posible, una caja de perfumes en casa de Guerlain, y ya están hechas las provisiones. ¡Dichosos los que huyen á esas playas célebres por sus frescas brisas! Sin embargo, no nos quejemos demasiado; mañana, esta noche quizás sobrevendrá una de esas tormentas que traen en pos de si una lluvia de quince dias. Es propio del verano el calor fuerte, y por mas que esto se deplora, no deseamos, por nuestra parte, ese cambio por medio de la lluvia, que es hoy el anhelo de todos los parisienses.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### A ORILLAS DEL MAR.

ÉL.

¡Cuán bella la alta luna  
Recorre lentamente  
Las transparentes bóvedas  
Del firmamento azul!  
Sobre los negros rizos  
Que flotan en tu frente,  
Juegan en vuelo rápido  
Los céfiros del Sud.

¡La luna en tu semblante  
Tiende su rayo frio,  
Y hermosa estás y pálida,  
Celeste aparicion!  
¡Arcángel de mi alma,  
Sueño del pecho mio,  
Sublime en este instante  
Te adora el corazon!

¡Nunca te ví mas bella:  
Tu virginal mirada  
Nunca brilló mas pura,  
Angel de paz, de amor!  
¡Jamás como hoy te adora  
Mi alma enamorada,  
Estática á tu encanto,  
Celeste aparicion!

¡Recuerdas como un dia  
En mutuo juramento  
Nos repetimos ambos  
Frasas de eterno amor?  
¡Jamás, jamás olvido  
Aquel feliz momento;  
Jamás ese recuerdo  
Del alma se apartó!

¡Hermosa como ahora  
La luna aparecia,  
Como esta noche, hermosa  
Tambien estabas tú!  
¿Te acuerdas, dulce dueño?  
¿Te acuerdas, alma mia?  
¡Sublimes horas fueron  
De ardiente juventud!

ELLA.

¡Qué hermosa está la noche!  
Gocemos de su encanto:  
¡La noche es el santuario  
Que adora el corazon!  
La noche es el secreto  
Del amoroso llanto;  
Es el misterio triste  
Del sueño y del amor!

Junto á la mar ¡qué dulces  
Resuenan tus acentos!

¡Qué gratas las palabras  
De tu argentina voz!  
¡Eran como hoy solemnes  
Los dulces juramentos  
Que en noche mas lejana  
Mi labio murmuró!

Tuya seré: en tu frente  
Viril, en la energia  
De tu semblante lleno  
De amor y de altivez:  
Conozco que eres digno  
¡Mitad del alma mia!  
¡De darme con tu afecto  
Lo grande de tu ser!

¡Al confundir tu aliento  
Con el aliento mio,  
Palpita amante y trémulo  
Mi corazon por tí:  
Me quemán tus palabras,  
Y en dulce desvarío  
Siento un afan secreto  
Desconocido en mí!

¡Naturaleza me habla  
De amor: el mar que gime,  
Los astros que titilan  
Con dulce brillantez!  
¡La calma misteriosa,  
La soledad sublime!...  
¡Y tú á mi lado, imágen  
De mi adorado bien!

LOS DOS.

¡Gocemos del delirio  
A que el amor convida  
En medio del secreto  
Y á orillas de la mar!  
¡Amor, ese es el astro  
Mas bello de la vida!  
¡Las almas han nacido  
Para gozar y amar!

### ROMANCE.

¡Ay! ¡Las horas de ventura  
Cómo huyeron presurosas!  
Como un sueño fugitivo,  
Como una rápida sombra.

¡Qué nos restan de esos dias  
De ilusiones seducturas,  
De esos sueños infantiles,  
De esas plácidas historias?

Un recuerdo solamente,  
Reuerdo que al cabo borra  
El tiempo en revuelto giro  
Al batir sus alas torvas.

¡Crece el árbol del olvido,  
Viste opaca, triste pompa,  
Y el suspiro de las tumbas  
Es el aura de sus hojas!

A su sombra la esperanza  
Palidece y nunca brota:  
Y la flor de los recuerdos  
Entre sus ramas se ahoga.

¡Oh, no crezca ese árbol triste  
En nuestras almas! ¡Memorias  
De pasadas alegrías,  
No dejes el alma sola!

¡No huyais, plácidos recuerdos,  
Visiones encantadoras,  
Del arpa del sentimiento  
Sones blandos, dulces notas!

¡Qué nos resta de esos dias  
De ilusiones seductoras,  
De esos sueños infantiles,  
De esas plácidas historias?

¡Solo vosotros, recuerdos!...  
¡Amor, ilusiones, glorias,  
Dichas, esperanzas, sueños...  
No dejes el alma sola!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

### LA VISION.

¡Por qué vuelves á herir mi pensamiento,  
Bella vision de mi mejor edad?  
¿Cómo te atreves á turbar mis sueños  
Si eres vaga ilusion y nada mas?

¡Qué fuerza superior que en vano esquivo,  
Te liga á mi marchito corazon?  
¿No se borró la huella del camino  
Por do pasó nuestro secreto amor?

¡Por qué en mis sueños de tranquila calma,  
A llevarme á otra edad vienes á mí?  
¿Por qué tu voz, tu aliento, tus miradas  
De quemadora luz vuelvo á sentir?

¡Tal vez, tal vez de tan brillantes horas  
Quedó para seguirme alguna luz!  
¡En la copa de amor algunas gotas,  
Si bien amargas, quedarán aún!

¡Tal vez cuando el amor rompe sus lazos  
Un extremo se lleve la raiz!  
¡Quizá en mi corazon la escondo y guardo,  
Y en mis sueños no mas se hace sentir!

¡Oh! ¡yo no sé! ¡pero te miro! ¡y siento  
Tu corazon amante palpar!  
Y que me dices con tu voz de cielo:  
«¡Ven! ¡nuestra dicha comencemos ya!»

¡Y salta mi cerebro entusiasmado!  
¡Y late de placer mi corazon!  
¡Y mi victoria al universo canto!  
¡Y olvido mi desgracia y mi dolor!...

¡Oh mentida vision! ¡Ya nada, nada  
Podrá volver de tan risueña edad!  
¡Todo desapareció con mi esperanza,  
Y el placer que pasó no vuelve mas!

Y si todo pasó, si ya en la vida  
Se abrió un abismo entre nosotros dos,  
¿Por qué vuelve á turbar mi fantasía  
Tan vaporosa, exótica vision?

¡Tal vez de noche, cuando el mundo calla  
Absorto en su medrosa oscuridad,  
Amorosas se buscan nuestras almas  
Su contrariada suerte á consolar!...

1864.

J. TEMÍSTOCLES TEJADA.

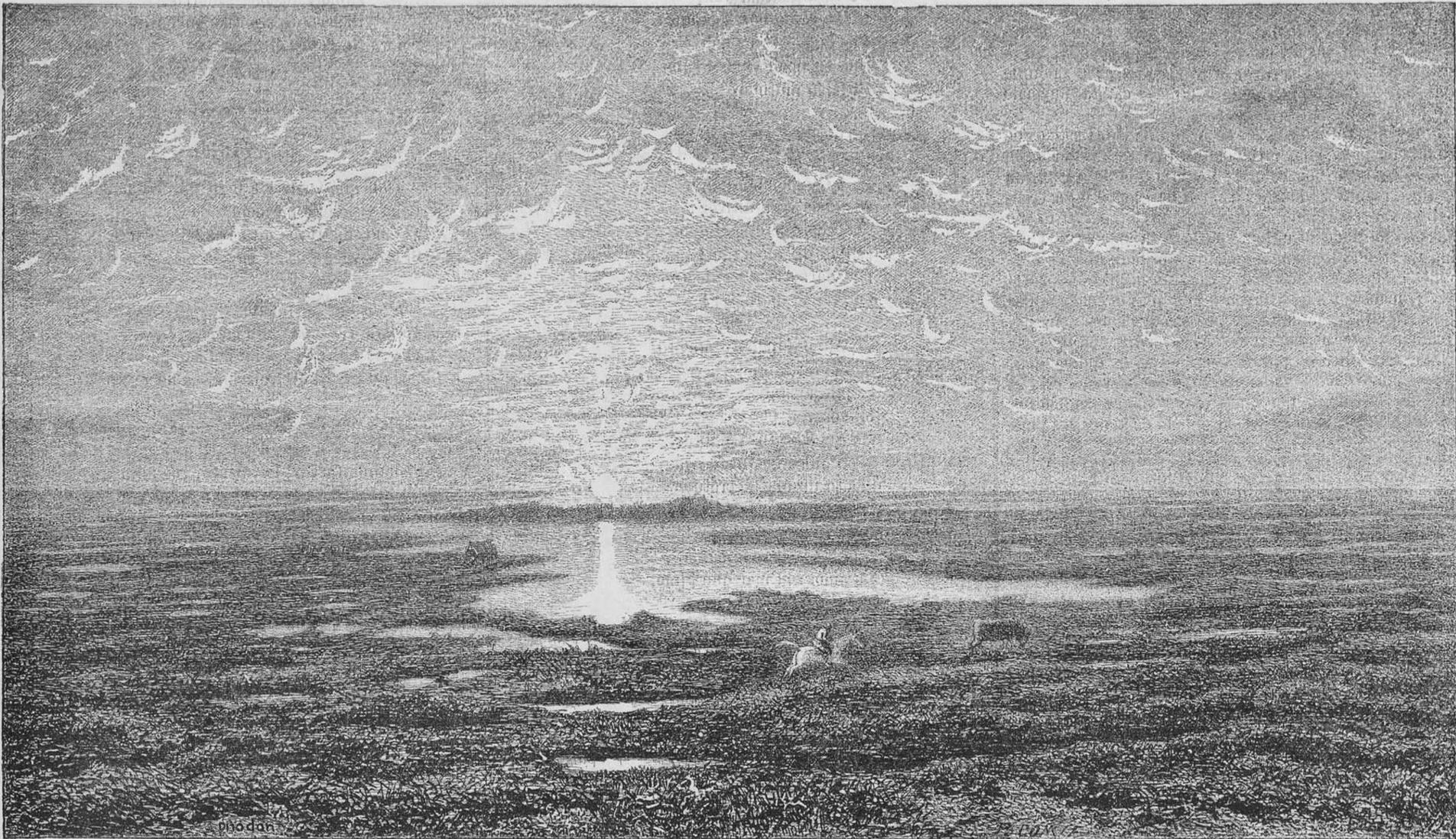
### La Exposicion de Bellas Artes de 1869.

El primero de los dos cuadros que reproducimos en este número se titula: el *Olmo de Vaumadeu* (costas del Norte), y es seguramente uno de los mejores paisajes de la Exposicion, lo que dice mucho en elogio de M. Alejandro Segé, pues se cuentan en el dia muchos maestros en este género. El asunto seduce desde luego por su sencillez, perfectamente comprendida y expresada por el artista. Es una copia fiel y exacta de la naturaleza.

Las cualidades de ejecucion de M. Segé están á la altura del buen gusto que demuestra para elegir los asuntos de sus cuadros; los tonos de este paisaje tienen una frescura indescriptible. Ya se conoce que Flers ha sido uno de los maestros del joven artista.

El segundo tiene por titulo: *Llamuras de la Camargue: puesta del sol con tiempo tempestuoso*, por M. Adolfo Potter.

Hé aquí otra obra estudiada de cerca y copiada del natural, aunque el espectáculo es muy diferente. Todos los alumnos de Teodoro Rousseau son aficionados á los aspectos grandiosos y salvajes que el maestro pintaba con tanto acierto. La isla de la Camargue, encajonada en los brazos del Ródano, á su embocadura en el Mediterráneo, ofrece á las miradas una imágen de desolacion y de tristeza que apenas se encuentra en las Landas. La forma triangular y la situacion de esta tierra la han hecho comparar al Delta del Nilo; pero la analogía no va mas allá de estas condiciones geográficas. La Camargue sigue inmóvil desde hace largo tiempo en su esterilidad; ya no la vivifica el cieno como antigua-



Exposicion de 1869. — *Llanuras de la Camargue : puesta del sol con tiempo tempestuoso*, cuadro por M. A. Potter.

mente, en tanto que el rio africano deja cada año en sus márgenes una nueva capa de tierra vegetal.

El suelo, cubierto de arenas é impregnado de sales, apenas produce mas que sosas; sin embargo, hay vas-

tos prados cortados por pantanos, que no comunican ya con el mar, y cuyas aguas estancadas serian un foco de contagio, si el *mistral* no se encargara de llevarse sus exhalaciones deletéreas.

Tal es el sitio que ha pintado M. Potter con toda verdad, y cuya obra ha llamado justamente hácia su autor la atención del mundo artístico.

A. DE L.



Exposicion de 1869. — *El Olmo de Vaumadeu, (costas del Norte)*, cuadro por M. Segé.

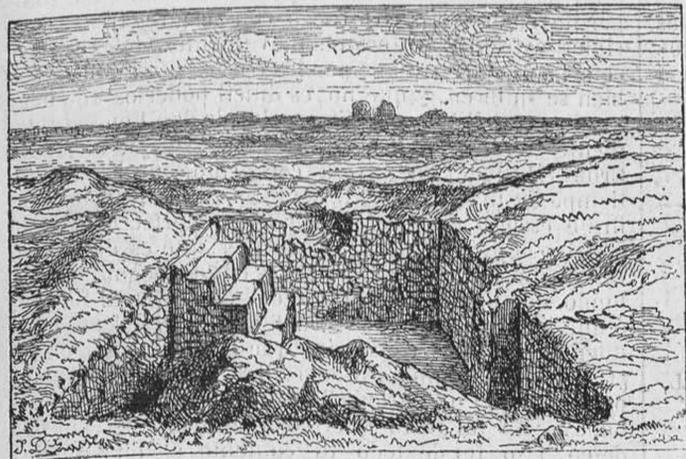


Fig. I. Casa gala N° 9 del Champlain.

ses.» Posteriormente, cuando al cabo de seis años de una terrible guerra, la Galia vencida, pero no sojuzgada, intentó un supremo esfuerzo para expulsar á sus invasores, los rehenes de diversas ciudades conquistadas, fueron sacados de Nevers, donde los habia reunido César, y conducidos ante el magistrado de Bibracta que es en la Galia, escribe el vencedor en otro pasaje, «una plaza de grandísima importancia.»

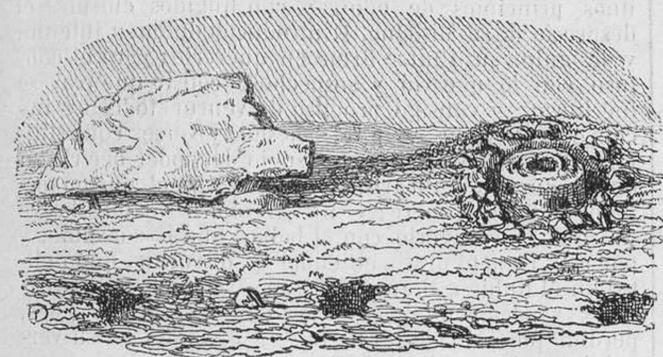


Fig. III. Dos sepulturas galas en el taller de los herreros.

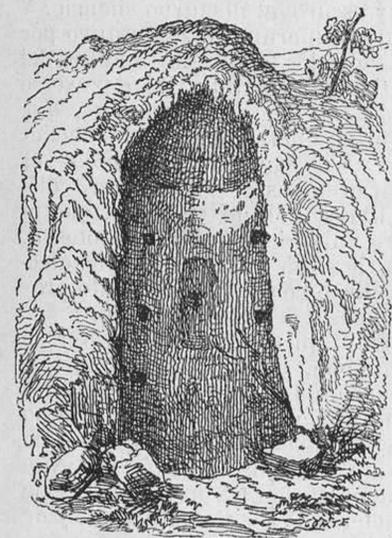


Fig. VI. Agujeros de vigas con una zanja de la muralla de Bibracta.

Has uno de los mas formidables degüellos de que habla la historia, donde se trataban los asuntos generales de la Galia, que César, despues de su conquista, ocupó personalmente, y que eligió para ejercer en ella las funciones soberanas, desapareció sin que la historia mencione ni su abandono ni su ruina. ¡Hasta su situacion ha venido á ser un problema! Unos dicen que estaba en Beaune, otros que en el monte Beuvray, á 15 kilómetros de Autun, otros que en el mismo Autun. Favorecida por el amor propio de los habitantes de esta última ciudad y por la autoridad del célebre geógrafo Amville, esta opinion habia triunfado de la de Adriano de Valois, de Guy Coquille y de las tradiciones locales, que fijaban en Beuvray el asiento de «la antigua ciudad,» cuando en 1856 M. J. C. Bulliot abrazó esta tesis en su obra sobre el sistema defensivo de los romanos en el pais eduense. Además de los historiadores que acabamos de citar y de las leyendas populares, invocaba la analogia de los nombres de Bibracta y de Beuvray, que existieron á la par, como lo prueban las cédulas de la catedral de Autun de 1233 y 1236; el nombre de Monasterium Bibractense que llevó un convento fundado en el siglo XIII en el monte, y finalmente, el aspecto de los lugares, esa posicion eminentemente defensiva, coronada con una enorme fortificacion de 4,942 metros de larga, con sus cinco entradas, una de ellas llamada «las Grandes Puertas,» servidas por caminos romanos ó galos empedrados, y en la parte mas alta del recinto desde donde se descubren á la vez el Monte Blanco y el Puy de Dome, y en torno de una capilla

**Excavaciones**

DE UN OPPIDUM GALO EN EL MONTE BEUVRAY (BIBRACTA).

Entre las cuestiones relativas á la antigua geografía de la Galia, despues de la de Alisia no hay otra mas discutida que la de la verdadera situacion de Bibracta, capital de los Eduenses.

César habla de ella en varios párrafos de sus Comentarios. A 15 ó 16 kilómetros de sus muros dió su primera batalla en la Galia. Dice que queria abastecer á su ejército en Bibracta, «la plaza mas grande y rica de los Eduen-

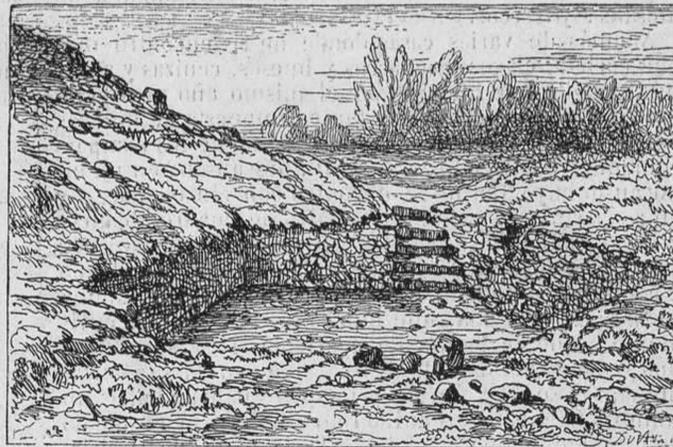


Fig. II. Casa gala N° 10 del Champlain; escalera de piedras.

Tambien poco despues se congregó allí la asamblea de toda la Galia, que despues de haber oido las explicaciones del Arverne Vercingetorix, le entregó el mando de todas las fuerzas nacionales.

Al fin de esta campaña, César, vencedor en Alisia, dispersa en distintos acantonamientos sus capitanes y legiones, y vuelve á pasar el invierno en Bibracta.

Ahora bien, esta ciudad, que ha visto desde sus mura-

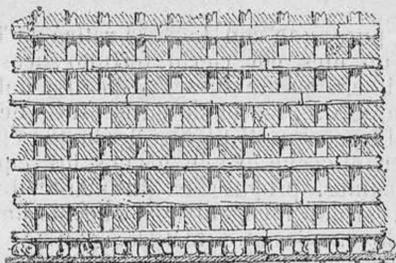


Fig. VII. Plano.

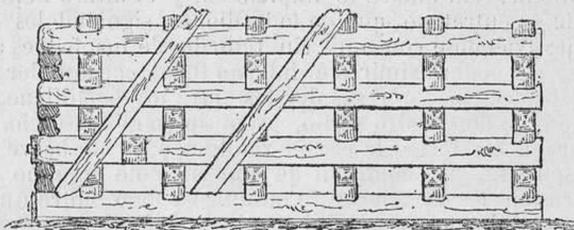


Fig. VIII. Corte de la muralla gala.

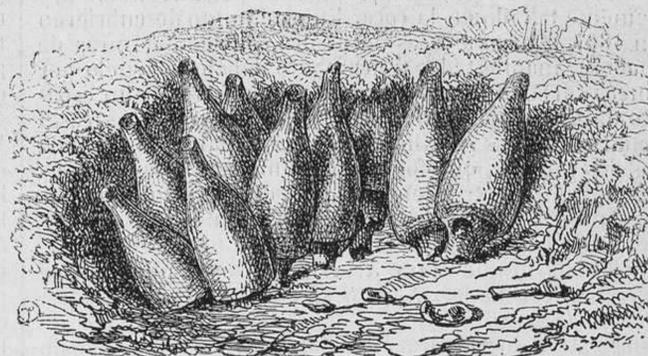


Fig. IV. Depósito funerario.

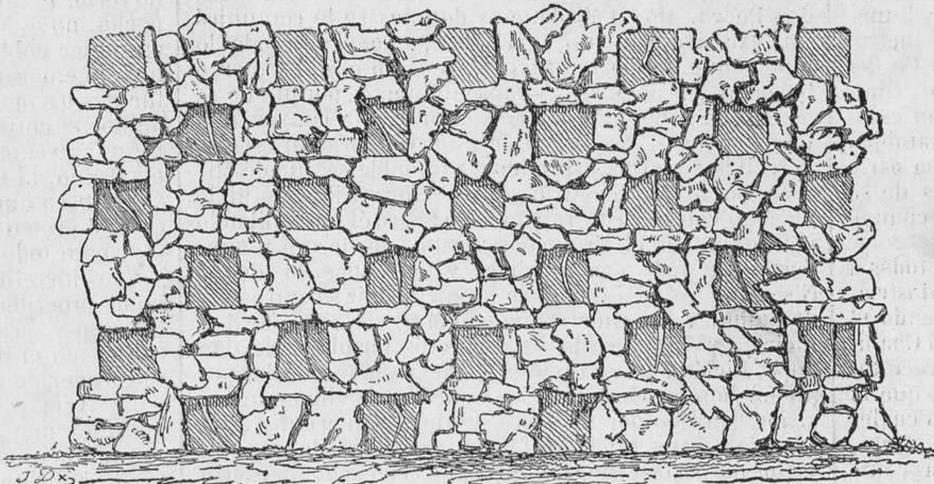


Fig. V. Muralla de recinto del oppidum galo de Bibracta.

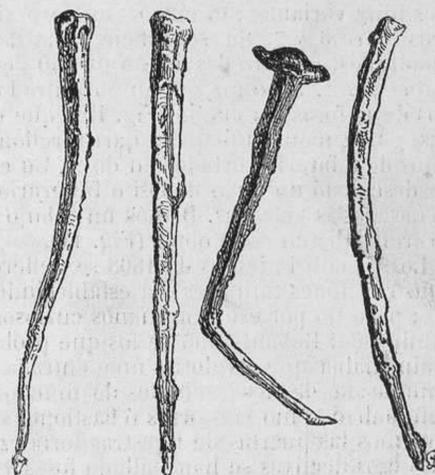


Fig. IX. Hierros que sujetan las piezas de madera de las murallas de recinto.



Fig. X. Anfora gala.

dedicada á san Martin, que ha recordado durante muchos siglos el paso del gran apóstol de las Galias, la celebracion, el primer miércoles de mayo, de una feria que fué en otro tiempo una de las principales de Francia, y cuya persistencia, cuando hace siglos ha perdido su importancia comercial, no carece seguramente de significacion.

Cuando en 1864 S. M. Napoleon III preparó su *Historia de César*, y que hubo que fijar el lugar donde habian perecido los dos tercios de los Helvetes, no se pudo encontrar un campo de batalla conforme con la descripción que ha dejado César, sino tomando al Beuvray por punto de partida de la distancia de Bibracta, en donde debió efectuarse el encuentro de entrambos ejércitos. Al mismo tiempo se practicaron diferentes sondeos en el interior de las fortificaciones de que hemos hablado, y acusaron señales de muralla y de habitacion en casi todas las partes del recinto de 122 hectáreas que contienen. Continuados en 1865 y 1866 por el señor vizconde de Aboville, á quien pertenecen «los fosos de Beuvray,» y en 1867 y 1868 en mayor escala á costa del emperador, bajo la direccion de M. Bulliot, han dado resultados inesperados que sin duda ceriarán la controversia histórica á que han dado margen.

En 1865 descubrieron, en el sitio llamado el Parque de los Caballos, un muro de sostenimiento de 43 metros de largo, con contrafuertes, que rodea una construccion cuyo destino desconocemos aun, y de donde parten en distintos sentidos conductos de agua subterráneos: uno de ellos, que se ha podido seguir en un

trayecto de 166 metros, pasa bajo los cimientos de muchas casas, de las cuales una encerraba fragmentos de mosaicos y frescos.

Además de varias casas donde no se encontró mas que carbon, clavos, cacharros y huesos, cenizas y algunas medallas, se hicieron aquel mismo año excavaciones en una habitación importante compuesta de muchas piezas y llena de tejas de reborde. Uno de los compartimientos, de 4m, 80 sobre 4m, 10, descansaba en un hipocausto cuyo horno se encontró con cinco pilares, y en su pavimento había un mosaico de cuadros blancos y negros del que se han recogido grandes pedazos. El borde se componía de gruesos cubos de tierra cocida, de 2 centímetros de lado, y de un carácter extraño. En una vasta pieza contigua, que quizá era un patio, el pavimento hecho de betún, de apariencia romano, cubría una doble cama de ánforas rotas que contenían cenizas humanas. En una de las principales había además un colmillo de jabalí, un anillo roto de hierro, y en medio de este anillo una medalla gala de plata, de Docirix. Estas ánforas, muy grandes y de graciosa forma, superiores bajo estos dos conceptos á las que se han hallado en Autun, constituyen la clase de alfarería mas abundante y característica del Beuvray. En la fig. X damos el dibujo de una de ellas, que tiene en su cuello la marca A N.

¿Sería esta la casa que César eligió para pasar el invierno en Bibracta?

En 1866 y 1867 exploraron la parte Norte del recinto que llaman el *Champlain*: así llaman en el país las grandes plazas donde están los mercados y donde se celebran las fiestas populares. En el Beuvray el sentido etimológico de esta palabra, que quiere decir campo plano, está bien justificado por la nivelación hecha sin duda á pico, mediante la cual aislaron en el centro de este vasto espacio una especie de tribuna de piedra de 6 metros de altura, á la que se sube por un sendero toscamente tallado en la roca. En este punto descubrieron en 1867 cuarenta casas de piedra, sin contar otras de madera, manifestadas únicamente debajo del suelo por líneas carbonosas, cenizas, restos de alfarería y un espacio de tierra apisonada. La mayor parte de estas casas están edificadas sin alineamiento regular, á lo largo de los dos caminos que forman continuacion á las vías antiguas que penetran en esa parte del recinto, y reemplazan así las antiguas calles. Muchas no tienen paredes, sino por los tres lados que están mas enterradas; por el cuarto que mira á la calle, verosíblemente se cerraban con tablas. A otras se bajaba por escalinatas. Damos en perspectiva (Fig. I y II) las vistas de dos de estas casas. En la primera se encontraron á 1m, 50, bajo la yerba, dos medallas galas y un alfiler de bronce de 7 cent. de largo; en la segunda, que al parecer fué un taller de metales, se hallaron treinta y ocho restos de crisoles vitrificadas, muchas vasijas de barro y aun de hierro, clavos, tejas de reborde, mandíbulas de hombres y de animales, y una medalla gala del principio del reinado de Augusto.

Los compartimientos de estas casas son de dimensiones muy variables; el mayor número tiene 4 y 5 metros sobre 6 y 7. Su superficie varía de 8 á 77 metros cuadrados. Las paredes tienen 0m, 50 de grueso. En dos había pozos. En otras se han encontrado agujeros cónicos de ánforas sin cuello (Fig. III), que contenían cenizas y una moneda ó un guijarro redondo, y tambien tejas de alfarería cortados en disco. En esa misma parte se descubrió un gran depósito funerario de mas de 35 urnas, todas volcadas. Damos un dibujo hecho cuando se trabajaba en estas obras (Fig. IV).

Los descubrimientos de 1868 se refieren casi todos á construcciones militares ó á establecimientos industriales; pero no por esto son menos curiosos. Siguiendo el camino del Rebont, uno de los que prolongan el *Champlain*, había que explorar una entrada en el recinto, flanqueada de dos redientes de mucho relieve, que la dominaban como las torres ó bastiones entre los cuales ponemos las puertas de nuestras fortalezas. Con efecto, bajo esos declives se han hallado fosos y murallas construidos *more gallico*, de piedras y maderas. Limpiaron sus substrucciones en un espacio de 150 metros de largo y una altura de 1 á 2 metros (Fig. V), y no en toda esa extension es la misma la estructura de la muralla, sino que difiere por la posición y distancia de las maderas. Hé aquí la descripción exacta en el punto dibujado (Fig. VI). Sobre un suelo de tierra removida que se prolonga fuera de la muralla, se ven á intervalos de 0m, 70, las cabezas de las vigas puestas en la base de la muralla. Estas maderas se cruzaban transversalmente con otras en el sentido de la muralla y 35 centímetros de su cara exterior, y la especie de enrejado formado así, estaba cubierto por una obra de fábrica bastante tosca. Escima, de 50 en 50 centímetros de distancia, hay otros cruzados horizontales semejantes; pero dispuestos de modo que las maderas del uno corresponden á los intervalos de fábrica del que está debajo. A medida que se elevaban las vigas reunidas por un número mayor de hileras transversales, aumentaban en largo; hasta 6 metros la parte anterior descansaba en el muro ya construido en los vacíos y encima del cruzado interior; y en la posterior estaba sobre gradas correspondientes, cortadas en la montaña y que despues cubría la tierra batida.

Estos diversos cruzados de madera destinados á consolidar la mala obra de fábrica de los galos y á reunir la con el terraplen de la muralla, presentaban el aspecto de una reja de vigas entrecruzadas, incrustadas hasta la mitad y sujetas además por piezas oblicuas figuradas en el corte (Fig. VIII). Inútil es decir que todas

las maderas están podridas; pero los agujeros que ocupaban en la fábrica están vacíos y presentan aun las clavijas de hierro de 28 centímetros de largo que las fijaban en los puntos donde se cruzaban. Se han recogido mas de 50 (Fig. IX), y el hierro es de una buena calidad.

V. DE A.

(Se concluirá.)

### Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

#### LOS DOS SOLES DE TOLEDO,

NOVELA PRIMERA ESCRITA SIN LA LETRA A.

(Continuacion.)

Sucedió, pues, que don Lope se retiró de Toledo por tiempo de un mes, por cierto fortuito suceso, sin ser posible, primero que se fuese, despedirse del bello sol de Mitilene, y Nise, sintiendo en lo oculto de su pecho el mismo fuego, que Mitilene, desde que en el festin le vió, y en el coche oyó de los dos los requiebros, y dulces coloquios, propuso en su mente dividirlos y sustituirse, si don Lope volviese, querido dueño suyo, por todos los medios que le fuese posible: y porque mejor se consiguiese el fruto y premio de sus desvelos, y del efecto de su pretension viese felices principios, lo ordenó su destino de suerte, que todo sucedió como lo pudo pedir su deseo; porque corrido don Gregorio de ver que don Lope en su coche siguió el de Mitilene, sin que se lo impidiesen, y el difuso tiempo que se entretuvo, que de todo dió fe, siguiéndolos de lejos, viéndose consumir sin remedio de insufribles celos, sin poder eximirse el interno fuego consumidor su despecho; hizo que sus deudos entre los de Mitilene, y presente don Pedro su tío, propusiesen el consorcio. Y porque el efecto de él con resolucion, y en breve se dispusiese, dió comision de que sin dote ninguno se hiciesen los conciertos. Comunicóse todo entre unos y otros deudos, y convinieron los de Mitilene en que se hiciese el desposorio, visto ser conveniente por los méritos de don Gregorio, noble y robusto jóven, rico de ilustre tronco, y excelente sugeto, y por el venturoso empleo de Mitilene, y no de menor cómodo de su tío en el dote, sin desembolso de dinero, condicion, y punto muy convenible, y en estos tiempos poco perdido de los novios. Con esto que se decretó, dió luego el sí don Pedro, tío de Mitilene, y despues se lo comunicó con excesivo contento, diciéndole, que conociendo lo mucho que su destino tuvo de venturoso, dió y otorgó luego en su nombre el consentimiento, porque no se perdiese tiempo en disponerse lo preciso y conveniente y que si con él despues viniese don Gregorio, su esposo, le recibiese cortés y prudente. Inmóvil se quedó Mitilene de lo que le refirió su tío, y entre grillos de hielo no supo con el susto responderle; pero él, entendiendo respondió todo el virgíneo y vergonzoso decoro y pundonor, se fué, contentísimo, y no menos lo quedó Nise, que oyéndolo todo, se prometió feliz suceso en sus designios. Y lo primero que con Mitilene hizo, fué deslucirle, y oscurecerle los honrosos términos de don Lope, diciéndole se tuviese por feliz en perderle, por ser un hombre loco, necio, imprudente, lleno de mil vicios, perdido por mujeres, y que de diferentes se le conocieron tres hijos, conforme voz común del pueblo, y que no pocos disgustos le costó en cierto tiempo verse libre de él, porque primero dió, no solo en pretender por prision sus ojos, sino en decirle finísimos requiebros; pero que de don Gregorio siempre oyó mil virtudes: pintósele discreto, modesto, prudente, gentil hombre, rico, docto, elocuente, y de otros mil epítetos honrosos le hizo digno. Lloró Mitilene su infeliz suerte; pero como lo que primero se quiere, es sello, que se imprime, y difícilmente el entendimiento lo dimite y excluye, no por esto berró de lo interior de su pecho el buen concepto que de su querido don Lope siempre tuvo, pero como sucedió el irse él sin despedirse, y fueron terribles los impulsos de su tío, y continuos los consejos de Nise, hubo de conceder en el desposorio que le propusieron con don Gregorio.

Vino en fin, como novio, lucidísimo, por ver el ídolo de todo su contento: entretúvole cortés don Pedro: festejóle en lo exterior Mitilene, porque no tuviese del interior disgusto indicios; pero en lo mejor de los dulces conceptos y tiernos coloquios, entró el triste don Lope, no osó por el tío descubrirse, pero encubierto lo oyó todo, disimuló lo que pudo, y procuró volverse; pero estorbósele un sudor frio, que como menudo rocío, le ocupó los miembros todos de suerte, que le fué imposible. Y si en los ojos de Mitilene, que le divisó, puesto que les dió poco crédito, no viese vislumbres de sentimiento, y un tierno y dulce esplendor, como pidiéndole con ellos humilde perdón del cometido hierro, no dado de que el repentino dolor y susto le destruyese y pusiese en los últimos términos del vivir; pero como no pudo el vehemente dolor, por el presuroso

socorro y pio remedio, vencer del todo los interiores espíritus, se vió en el otro repentino efecto, y fué romper de colérico en vivo fuego con suspiros tristes, terribles extremos, exteriores movimientos del rostro, y ceño: y si es cierto que por los ojos se escriben los que bien se quieren, y que no es difícil poderlos entender los diestros, Mitilene y Nise en los de don Lope visiblemente vieron que de este modo se quejó, diciendo: Cruel Mitilene, mentiroso cocodrillo, lumbre en un tiempo de mis ojos, norte de mis sentidos, un tiempo, firme escollo entonces, templo de perfeccion, ídolo querido de mi espíritu: y en un mes, que es de tiempo un momento, un soplo, noche triste de mis gustos, buido cuchillo de mis tormentos; qué ímpetu furioso, ó qué ligero viento pudo cruel divertirse del prometimiento firme de consorcio, que primero me hiciste? ¿Quién pudo de mí triste divertirme? ¿No eres tú quien por escrito en un curioso liston, me dijistes soy de don Lope? ¿No fui yo tu querido esposo en el reciproco deseo? ¿No fui de todo tu contento el feliz objeto? ¿Quién fué pues el que te mudó? ¿Quién el que te obligó, ó forzó, que de tu honesto pecho me excluyeses? ¿Pero qué mucho, Mitilene, si eres mujer, y yo infeliz no pude en un mes verte? Todo lo notó Nise, y temiendo no se descubriese su enredo si don Lope y Mitilene pudiesen verse solos, buscó modo como decirle, que se fuese primero que le viese don Pedro su tío, y entendiéndose su intento; pero que si quisiese vencer de Mitilene el rigor, y que se deshiciese el concierto hecho del desposorio, fingiese los dos quererse en extremo, y de breve en breve tiempo se viesen, y se escribiesen sutiles primores y conceptos, porque el furor de los terribles celos rebiciese lo que su tío deshizo: y Mitilene, conociendo bien el riesgo de perderse, viéndole querido de otros ojos, se resolviese por el envidioso efecto, en quererle por su esposo; con este embeleco pretendió Nise disponer en el pecho de don Lope unos principios de odio, y con fingidos chismes el desprecio de su Mitilene. É introduciendo de su intento, y designio, sustituirse firme en quererle; pero él confuso con lo que vió, y sospechoso con lo que oyó, se fué luego, y consigo propuso de vencer todos los inconvenientes que se le ofreciesen, y verse con Mitilene, por no morir sin el consuelo de poder decirle su dolor, que suele un triste divertirse con el mismo tormento de que muere; y un hidrópico recibir breve consuelo, y refrigerio con el beber que le consume, y por este respeto quiso entender y discernir, qué delitos en él hubiese dignos del excesivo rigor de no quererle y elegir nuevo esposo. Con este deseo, pues, perdido por los celos el decoro se escondió en su vergel de noche, subiendo sin mucho riesgo por el muro, pues empezó por los hierros del mismo postigo y sitio donde los dos se vieron otro tiempo, rindiéndose dulces y conceptuosos requiebros; pero ganó su destino de modo, que le vió subir, y sintió esconder Mitilene, respecto de no ser muy oscuro el nocturno silencio. Y puesto que por el riguroso informe de Nise estuvo por no verle, ni oírle, con todos los fervorosos impulsos del pecho, no se lo consintieron: ¡Terrible riesgo y exceso en mujer noble! Llegóse en fin, y determinóse, que todo lo emprende un firme querer. Resuelto, y hechos fuentes los ojos de uno y otro, pusieron con enojos sus delitos, y entre sí confrieron sus deméritos; pero diéronse brevemente por libres, porque les costó, que ni en el uno, ni en el otro hubo sino un firme, honesto, y reciproco querer, sin riesgo de olvido, ni menos eleccion, ó pretension de nuevo consorcio, por gusto propio; pero todo por el opuesto de Nise conducido.

Con increíble contento quedó Mitilene de ver el noble proceder de don Lope, y en retribucion de su honroso y primoroso término, votó y juró de unirse con él en el indisoluble vínculo de himeneo, y de no retroceder de este intento, puesto que su riguroso tío por diversos respetos no lo consintiese. ó él, y Nise quisiesen que fuese mujer de don Gregorio. Don Lope lo remuneró con prometerle de ser siempre suyo, y de verse con Nise, y pedirle cortesmente no quisiese impedir de los dos los honestos deseos. Con esto se despidieron por entonces. Fuese don Lope, y en su domicilio, segun dicen curiosos, que se los debieron de oír, celebró con estos sonoros versos en un músico instrumento su feliz suceso:

¿Qué mucho mi fe sintiese,  
Mi bello sol, tu vigor,  
Si en peligro ví mi honor,  
Si temí que te perdiste?  
¿Qué mucho que en mí creciese  
El vivo incendio en recelos,  
Si ví perder mis desvelos;  
Y viendo mi honor perdido,  
Me ví sin tí sin sentido,  
Y sin socorro en mis celos?  
Que presto, que yo en tus ojos,  
De mi honor ví los reflejos,  
No presumí que de lejos,  
Viese en ellos sino hinojos;  
Pero sí los desenojos  
Yo mismo los escuché,  
Recibir pude mi fe;  
Dese el temor por vencido,  
Pues que victorioso he sido,  
Y de celos me libré.

Buscó despues modo de poder verse con Nise en su domicilio, y conseguido, que no fué muy difícil, pidiéndoselo primero por un billete, le rogó con sumision, y primoroso estilo no quisiese ser cruel con ellos, ni oscurecer sus conformes designios, que se doliese de sus desconsuelos, y que con su tío deshiciese los conciertos de don Gregorio con Mitilene. Mostrósele reconocido de que en él pusiese sus hermosos ojos; pero certifiésele ser imposible contribuir él con el debido culto y feudo, por tener Mitilene el dominio de sus ojos y de sus sentidos, y residir en lo interior de su espíritu. No pudo Nise en este conflicto riguroso encubrir el sentimiento, ni menos retener, ni reprimir el húmedo corriente de sus hermosos luceros; pero oyendo en este inter golpes, y sintiendo gente, entendiendo que fuese don Pedro su tío, los dos por encubrirse mejor de que no los viese, se escondieron en el mismo retrete de Nise, que prosiguiendo, y rompiendo en dolorosos suspiros, de este modo se quejó del inocente don Lope y de su riguroso destino, diciendo: ¿Dónde se oyó, ni vió en el mundo, hombre fementido, cruel, é insensible, este injusto proceder, este resuelto y defectuoso término, ni con mujer de mi suerte, este vil desprecio? De bronce debes ser, infiel, ú de terrible tigre, debiste de recibir en tu niñez el pecho. ¿Es mejor que yo Mitilene? ¿No te rendí yo primero el invencible fuerte de mis deseos? ¿No te lo escribí de lejos con los veloces correos de mis ojos? ¿Y despues ellos mismos mil veces tiernos, húmedos, llorosos, y en perennes fuentes convertidos, no te lo dijeron? ¿No leiste en diferentes tiempos entre el rosicler y nieve de mis ojos de tu rigor los efectos? ¡Oh terrible destino mio! ¡Oh insufrible, é infeliz suerte! De este modo sr quejó Nise, y sus voces, suspiros y sollozos fueron de suerte, que divirtiéndose don Pedro su tío por el corredor del retrete, los oyó, y dudoso de quien fuese de ellos motivo, colérico, y con el estoque desnudo entró dentro. Confuso quedó don Lope en verle; pero cobróse presto lo mejor que pudo, y fué bien menester todo su brio, porque se vió en peligro de ser muerto, y no en menor peligro Nise; pero él como noble, sirviéndole de escudo, tomó sobre sí todo el riesgo, y con esfuerzo gentil, resistió todo el ímpetu y furor de don Pedro, é hiriéndole en el pecho, hizo que presto se fuese por donde entró; pero él, no pudiendo de otro modo volver por su honor, echó presto el cerrojo y los cerró en el retrete mismo. Procuró Mitilene vencer, ó disminuir prudente su enojo, pero no le fué posible, porque luego hizo, que por un billete, que en su nombre llevó un escudero supiese el corregidor todo el suceso, y que con gente viniese, y de todo diese por sus ojos fe, como muy en breve lo hizo; y viendo los presos del retrete, que les tomó luego su confesion; pero don Lope dijo, que sin querer ofender el noble domicilio de don Pedro, entró en él con el consentimiento de Nise porque le fué forzoso pedirle diese orden, como se deshiciese cierto enredo. Pero Nise, en cuyo pecho siempre se conservó luminoso y vivo el celoso incendio, por no perder el venturoso embite del destino en el confuso fuego del tiempo, respondió, que don Lope entró con título de su esposo, y que si lo consintió, fué por este respecto, y por pedírsele él por un billete; pero no pudiendo sufrirlo Mitilene, se encolerizó de modo, que perdiendo el honesto y virgineo encogimiento, y rompiendo por el respeto, del tío, dijo: Esto de esposo no puedo yo consentir Nise, porque lo es mio don Lope; y si entró en su retrete, no puedo creer que fué sino por mi respeto, y no por el tuyo, como dices cocodrillo fingido porque tus enredos debieron de ser motivo de todo este suceso: perdóneme mi tío si le pierdo el respeto y vénguese en mí si quiere mi muerte, porque en este conflicto no puedo menos, ni es bien encubrir lo que siento, porque se opone mi honor, que es primero, y Nise con sus embustes quiere poseer el bien que yo poseo, ó poseer espero. ¿Como puede ser eso, respondió? don Pedro, si tu esposo es don Gregorio; y si con efecto no, bien podemos decir que lo es, pues te lo prometió presente yo, y yo se lo prometí por tí, y en tu nombre, y tú consentiste, que él con ese título te viese? Confuso se vió el corregidor; pero pidiendo el billete, se le dió Nise. Leyóle luego y ordenó, que don Lope fuese puesto en prision en un fuerte, ó torre, y Nise en depósito de un convento, y que don Pedro estuviese libre, pero que Mitilene tuviese por prision su mismo domicilio, y que él fuese su custodio fiel y confidente, y que de todo se hiciese proceso. Hizose todo como lo ordenó, y prosiguiendo despues don Gregorio en su intento del pretendido desposorio con Mitilene, supo por voz del pueblo todo lo sucedido, y se dió por ofendido, porque confiriéndolo con Mitilene, conoció un resuelto despejo, y en don Pedro su tío un proceder indiferente y confuso, porque no osó decirle de sí, ni de no, por términos espesos, pero solo le dijo, que con Mitilene lo hubiese, y que si se eximiese de lo prometido. le pusiese pleito, por donde se resolvió en seguir su consejo, como lo hizo, oponiéndose segundo pretensor del bello sol de Mitilene; pero el pleito duró cinco ó seis meses, y fué no poco reñido: pero lo que se sentenció fué, que visto don Lope ser cogido entreteniéndose con Nise en su mismo retrete, sino sospechoso; y sin consentimiento de don Pedro su tío, y el sucinto billete que escribió, de donde se pudo inferir oculto dolo, segun los indicios, todo en deshonor de don Pedro y su noble progenie, se despose el dicho don Lope con Nise, y que don Gregorio se despose con Mitilene, pues por los testigos constó de su consentimiento en los conciertos que se hicieron.

Todos se dieron por descontentos de lo que se sen-

tenció, si no fué don Gregorio, que con extremos celebró el verse de Mitilene repetido dueño, y Nise, que con verse en convento sublimó con subidos hipóboles su contento; pero fué tenido por certísimo que don Lope, por no morir en prision, quisiese ser su esposo; pero él se tuvo por muy poco venturoso, y estuvo en peligro de serlo menos, porque tuvo votos de que muriese por el delito, por el riesgo en que estuvo don Pedro, que ninguno juzgó que viviese, por lo mucho que penetró el estoque; y en fin se resolvió en elegir primero el morir, que vivir sin su Mitilene, y en consorcio con Nise. Contribuyóle Mitilene, con los mismos excesos de disgusto y sentimiento, porque con el intenso dolor convirtió en perennes fuentes sus hermosos ojos, teniéndose en todo por infeliz; y tuvo impulsos de con mortífero veneno prevenir su muerte, primero que tuviese efecto el desposorio de Nise con su don Lope; pero eligiendo como prudente mejor medio y consejo, se deliberó en verse con él si le fuese posible, en el fuerte de su cruel prision de noche, como lo hizo, y no le fué muy difícil el conseguirlo, porque con pocos doblones, que sembró entre los porteros y confidentes ministros (simiente de que muy presto se suele coger el fruto y uncion de misterioso temple, con que les untó los dedos) los templó el rigor, y no solo entró, pero oyó que le dijeron, que como fuese de noche, fuese mil noches que quisiese.

Entró en fin, y viéndose con su querido don Lope, despues que con honestos indisolubles nudos le significó el contento de verle en sucintos términos por no perder tiempo, de este modo le dijo: Mi bien, querido esposo y señor, si quieres que contigo me despose si lo pretendes, y por mi infeliz destino no lo desmerezco, te suplico que no me repliques, ni divertirme procurares de lo que pedir te quiero. Oye, señor mio, mi pretension, no frustres, ni tibio, ó tímido desprecies mi justo intento. Estos vestidos mios femeniles, que sobre otros viriles de mi tío, sin que él ó Nise lo supiesen, me puse, sobre estos tuyos te viste. Permítame, dueño mio, se logre el venturoso efecto de lo que te suplico, y que yo en este triste fuerte en tu nombre me quede, y tú en el mio por este postigo burles los intentos terribles de Nise y de nuestros poderosos opositores. No podré referir el noble término, ni el elocuente estilo con que prudente y primoroso se excusó don Lope, y como industrioso, discursivo, circunspecto, vivo, discreto y fino, procuró vencer de Mitilene los fervorosos, proponiéndole los inconvenientes y riesgos de infortunios, pero venció Mitilene, porque intentó con el retórico estilo de sus hermosos ojos, pidiéndoselo con vertientes de copiosísimo rocío.

Quedóse en fin en el fuerte, y don Lope se fué libre, porque con el rebozo mujeril, y ser de noche, no hubo quien se lo impidiese, y se recogió en cierto cortijo suyo, no muy lejos de Toledo, donde llegó, pudo decir, que sin espíritu, porque se quedó con Mitilene: y con ser de noche, estuvo por ver su sol, mil veces por volverse; pero detúvole el temor, y recelo de su enojo, y consolóse con ofrecérsele, en Eugenio, fiel sirviente del cortijo, disposicion con que poderle escribir, y referirle los descomodos de su retiro, y sus desvelos, como lo hizo dos ó tres veces; porque fingiéndose Eugenio con vestidos de don Lope, señor de título, y deudo de Mitilene, con pocos escudos de oro se pudo conseguir. Referiré, por no ser molesto, un soneto, que le envié entre el primer billete, porque le copió cierto culto, por lo que contiene de curioso; y es el siguiente:

Dudoso estoy si bronce soy, si soy hombre,  
Pues vivo sin morir en mi tormento;  
Ser hombre no es posible, pues no siento,  
Y de hombre, solo tengo injusto nombre.

Bronce debo de ser, bronce mi nombre,  
Quien tuviere de hombre entendimiento,  
Que si vivir sin Mitilene intento,  
Bien merezco de bronce vil renombre.

¡Oh bello Cherub, dulce bien mio!  
¿Cómo podre vivir sin tí y sin verte,  
Si de mí con ser bronce no me fio?

Pues te quiero, mis ojos, yo de suerte,  
Que en el fuego del pecho el bronce es rio,  
Y puede ser el rio de mi muerte.

Por mejor divertirse y disminuir su tormento, siguiendo de Eugenio el consejo, pidió un músico instrumento, y en él (si curiosos no mienten) con los dulces queibros de su voz, por lo fino y primoroso del concierto, elevó de los oyentes los sentidos lo sonoro de los versos.

Niño Dios, ciego Cupido,  
Mi niño de oro, mi bien,  
¿Cómo es esto, tú en prisiones!  
Es querer que yo lo esté.

¿Qué fué, Niño, tu designio?  
¿Quieres el ídolo ser

De este templo de mi pecho?  
Tuyo es siempre, ¿no lo ves?

Si por el oro y rubies,  
Cultos quieres pretender,  
Rubies son sus primores,  
Mejor oro el de su te.

Siempre del Niño te puse,  
Trono en mi pecho, y dosel,  
Y tu siempre con él fuiste.  
Ciego Dios, injusto juez.

Pero no quiero ofenderte.  
Pues sin quererte ofender,  
De suerte me destruiste,  
Que fué suerte el bien querer.

Porque si perdí el sentido,  
Porque quien no me quiere bien,  
¿Qué suerte como perderle,  
Perdiéndome yo por él?

Pero si en mis ojos, Niño,  
Tus ojos quieres ceder,  
Yo sé bien que con ser ciegos.  
Los suyos rendir podré.

Que sin los tuyos, chiquillo,  
Bien sé que imposible es,  
Pues por los de Mitilene  
Ciego vive el infiel.

Luego que su nombre supe,  
Mi suerte infeliz juzgué,  
Y entre mí dije: don Lope,  
Nombre de crueles es.

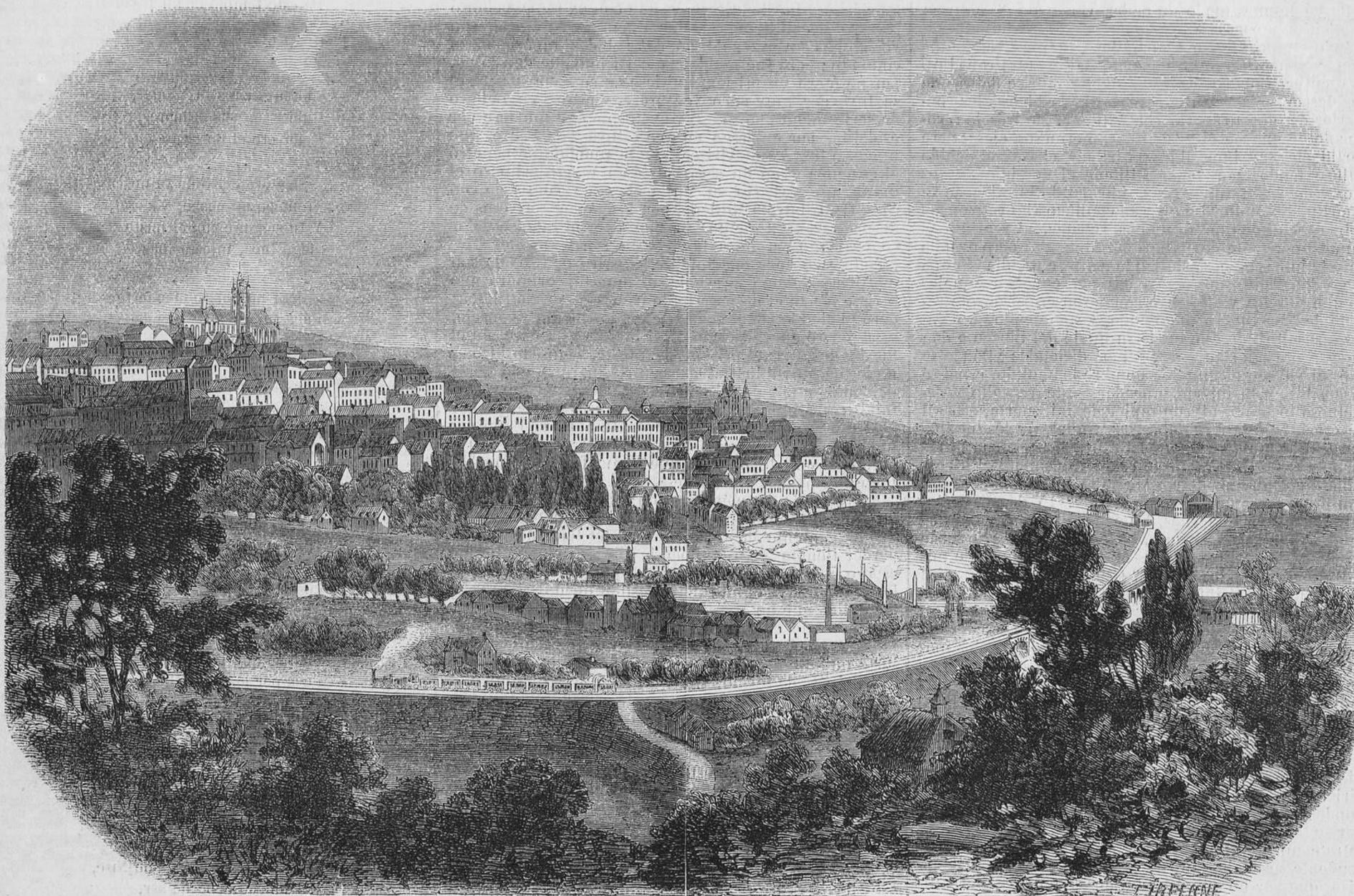
Pero el mio, que es de Nise,  
Por mucho debe de ser,  
Pues ni sé si por él muero.  
Ni sé si vivo por él.

¡Oh si feneciese el tiempo  
Del vigor ó del desden,  
Y en sus ojos ver pudiese  
Desempeños de mi fe!

¿En qué le ofendí, bien mio,  
O de qué su enojo es,  
Si con él siempre fui firme,  
Y él conmigo no lo fué?

Cese tu rigor, mi Niño,  
Cese tu vigor, pues ves,  
Que si mi pecho encendiste,  
Podré consumirte en él.

Mitilene lo celebró en extremo, y respondió por escrito, y le pidió no se entristeciese ni de su prision recibiese inquietud, poniendo los ojos en ejemplo de superiores: rigores que en breve se vieron vencidos y deshechos del tiempo y del ingenio de los hombres. Esto escribió Mitilene, entendiendo que por mujer brevemente venciese sus émulo, y que presto se le concediese poderse ir libre; pero sucedió diferente todo de lo que pensó, porque don Gregorio imprudente, loco y ciego en su firme querer, que de todos se juzgó serlo en extremo por los terribles excesos de su empeño, no solo no conoció lo terso de su principio, pero sin inferir del suceso los peligros y riesgos de su honor, se limitó su discurso de suerte que contentísimo de ver que don Lope su opositor hubiese huído, y que el pretendido objeto de Mitilene estuviese en el fuerte con vestidos viriles, notorios y conocidos por don Pedro su tío y no del buido don Lope, infiriendo, no sé si por bien, conocer el honesto sugeto de Mitilene, que su virgineo honor ningún émulo pudiese poner el menor escrúpulo ni el sospechoso vulgo presumir pudiese ser detrimento, se sosegó en su pecho: libre por entonces de estos recelos, hizo que el corregidor pusiese nuevos ministros y porteros, que diesen orden que ningún hombre ni mujer pudiese verse con Mitilene, ni se le diese billete si no fuese suyo ó de su tío y leído primero por los porteros y ministros, por suplicio del cometido delito; porque si quisiese del todo eximirse y verse libre, se recibiese con él conforme lo definido en el proceso. Con exceso lo sintió Mitilene; pero desconfió del todo que como prudente supo encubrir en lo interior su dolor y disgustos, é inquiriendo lo sutil de su entendimiento, de qué modo pudiese disminuir ó del todo romper el rigor de su prision, se deliberó, si bien con riesgo infinito en huir; y del modo que lo in-



Francia pintoresca. — Departamento de la Sarthe: la ciudad del Mans.

tentó lo efectuó, porque por un postigo del fuerte se descolgó por los cordeles de su mismo lecho y se burló de los dormidos ministros y rigurosos émulos. Y viéndose entre el oscuro silencio libre, dió consigo en el cortijo de su querido don Lope, que incrédulo del poseído bien y dudoso de perderle, mudó luego de sitio y se recogió con su Mitilene en otro monte vecino de este. Despues en Yepes, donde encubiertos residieron mucho tiempo y el corregidor en Toledo, bien que perseguido de don Gregorio y de don Pedro por lo mucho que sintieron el huirse Mitilene, hizo por descubrirlos terribles inquisiciones; pero no le fué posible.

Referir el exceso con que sintió Nise que don Lope se huyese, ténngolo por imposible, porque fué de suerte que de puro sentimiento enfermó, y del intrínseco dolor de los celos se fué consumiendo de modo, que se vió en peligro de morir y dió en unos delirios vehementísimos, por donde no consintieron los médicos que residiese en el convento.

(Se continuará.)

### La Francia pintoresca.

EL DEPARTAMENTO DE LA SARTHE.

(Véase el N.º 863)

Situada en la Sarthe á dos ó tres kilómetros de la confluencia del Huisne, la ciudad del Mans se encuentra dividida por el rio que ha dado su nombre al departamento en dos partes de distinta extension y diferente apariencia. En lo alto, sobre las cuevas de la orilla izquierda, la ciudad vieja ha conservado cierto número de calles angostas, con casas de desigual y pintoresca construcción. Sobre la orilla derecha, en el llano, se extienden las calles rectas y espaciosas de los barrios nuevos, los cuales se ensanchan cada día y concluirán por absorber la ciudad vieja. Al pié de esta última se ha formado ya un populoso arrabal, en torno de la

estacion del ferro-carril, centro de una vida nueva y principio de una prosperidad desconocida en las edades anteriores.

Con efecto, la estacion del Mans es el punto de en-

cuentro de cinco vias férreas que ponen á la antigua capital del Maine en relacion directa con Paris por Chartres, con la Normandía por Alençon, con toda la Bretaña por Rennes y con el valle del Loira por Tours y por Angers. Pocas capitales de prefectura justifican tan bien como el Mans la eleccion que se ha hecho para residencia de las autoridades religiosa y administrativa del departamento. Sin hablar del prestigio de sus recuerdos históricos, sin tener en cuenta su actual importancia bajo el triple punto de vista de la poblacion (el Mans cuenta 40,000 habitantes), del comercio y de la industria, esa ciudad parecia designada de antemano á su destino presente por la notable posicion que ocupa en el centro, geométrico, digámoslo así, del departamento de la Sarthe. De la ciudad prefectural á las cabezas de partido de los cantones mas lejanos, la distancia es poco mas ó menos la misma. Por consiguiente, era difícil encontrar una capital de departamento mejor situada.

Quizás no seria menos difícil encontrar otra que resumiera mejor la comarca que representa.

«Desde la cumbre de las alturas que dominan la ciudad al Este y al Oeste, dice M. A. Joanne en su *Itinerario general de la Francia*, se pueden ver todos los cultivos del país: en los valles que el Huisne y la Sarthe fertilizan, anchos prados con álamos; en los terrenos mas altos cosechas de toda clase; en las cuevas viñedos, y en las selvas pinares.»

A las ferias del Mans llevan con preferencia esos miles de bueyes que cada año dejan los prados del Perche y del Maine, para ir á manos de los ganaderos normandos; en los mercados del Mans aparecen esos robustos pollos y delicados capones que se crían en todo el departamento para las mesas parisienses; en las fábricas y manufacturas del Mans se preparan y se tejen el cáñamo y el lino de todos los valles inmediatos, en las fábricas de guantes de la ciudad se utiliza la piel de los corderos que se crían en las planicies.



Portada Oeste de la catedral del Mans.

En cuanto á la historia del Mans y de la provincia se encuentra resumida tambien en los principales monumentos de la ciudad, de los cuales algunos tienen grande importancia artistica. Un curioso *menhir*, pegado á la fachada occidental de la catedral, demuestra que por allí pasó un pueblo desconocido antes de los galos. Al extremo de la plaza de los Jacobinos y en los patios de varias casas particulares de los barrios del Château, de Saint-Hilaire y de Gourdain, subsiste una parte de las murallas del recinto galo-romano, que fué durante largo tiempo la única defensa de la antigua ciudad. Otros restos recuerdan los recintos elevados posteriormente por Carlos de Anjou, hermano de San Luis, y por el rey Juan cuando este príncipe ocupaba el Maine, mientras tenia lugar la lucha entre Carlos de Blois y Juan de Monfort. Un pedazo de muro adyacente á las casas consistoriales indica el sitio del palacio de los condes del Maine, edificado en el siglo XI por Guillermo el Conquistador. Pero donde mas se ve la importancia que tuvo el Mans en la edad media, es en las iglesias.

La catedral dedicada á San Julian, el primer apóstol de la fe cristiana en el pais de los Cenomanos, debió fundarse en una época muy remota. Arruinada diferentes veces por guerras ó por incendios, salió siempre de sus ruinas mas bella y espaciosa. El edificio actual, que ofrece señales visibles de aquellas reconstrucciones, es en gran parte del siglo XI ó XII. A esta época debe atribuirse la hermosa fachada del Oeste, de un ornato tan sencillo y severo. El coro, uno de los mas notables que hay en Francia, es todo del siglo XIII, de la mejor época

del estilo ogival. Las columnas, los arcos, las galerías caladas, las ventanas de este coro son de una elegancia y una gracia muy singulares; las bóvedas se lanzan con osadía á una grande altura, y como si no bastasen las maravillas de la arquitectura y de la escultura para la decoracion del santuario, dos pisos de magníficas vidrieras recuerdan cuáles eran en la edad media el poder y la piedad de los gremios, pañeros, tahoneros, viñadores, etc., que costearon la ejecucion de esa obra maestra.

Enfrente de la catedral, los que visitan el Mans admiran algunas construcciones del Renacimiento, y sobre todo el *Grabatoire*, bonito palacio con torrecillas poligonales. Este edificio era la enfermería de los canónigos de San Juan, entre los cuales figuró, sin haber recibido las órdenes, el poeta Scarron. Recordar aquí este

los muchachos le tiraron piedras y tuvo que correr para librarse de los proyectiles. En cuanto le vieron huir, todos cayeron tras él, y sin fuerzas ya el pobre poeta fué á esconderse jadeante bajo uno de los arcos del puente viejo, donde el frio le sobrecogió y le dejó baldado para siempre. Sin embargo, no por esto perdió la afición á la broma y á los disfraces.

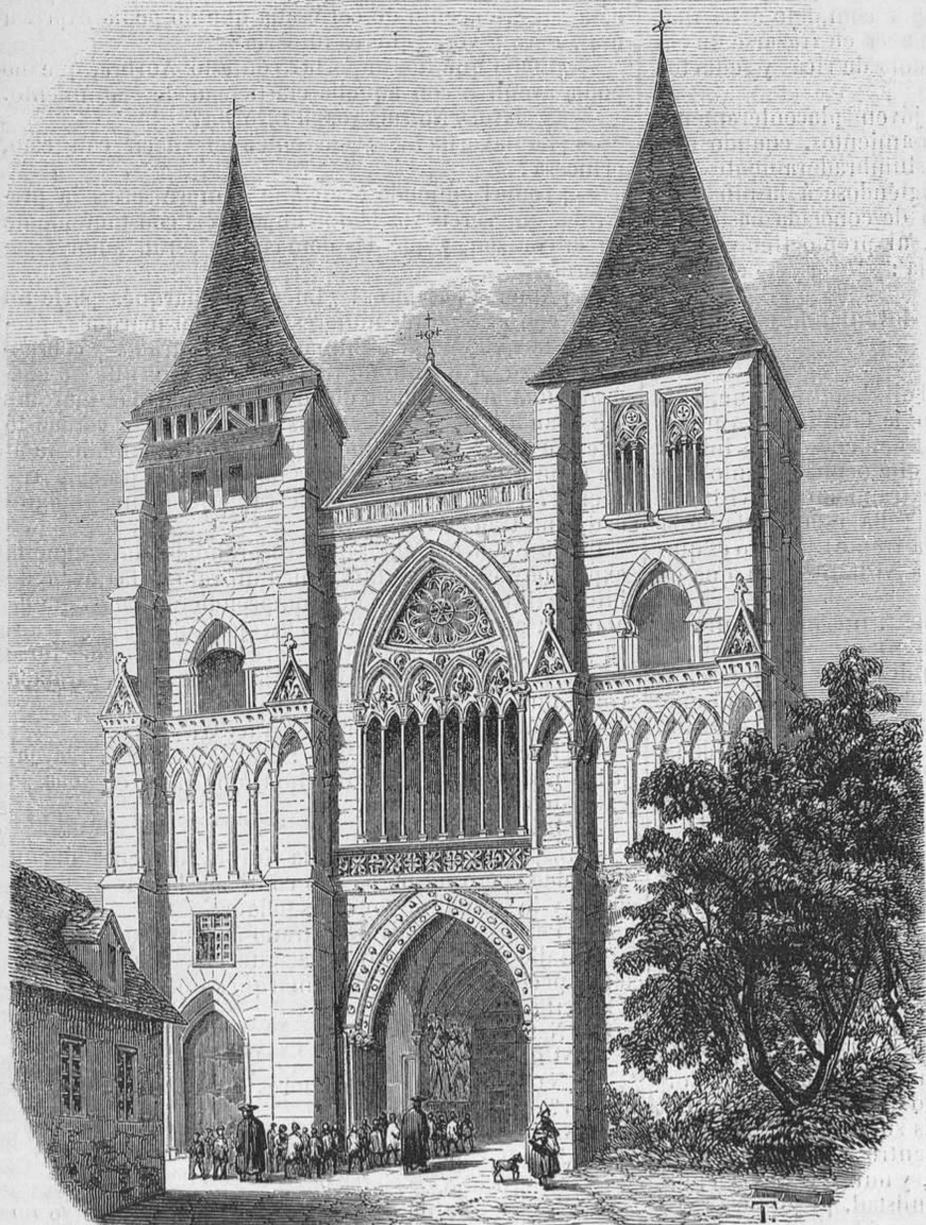
El recuerdo de Scarron nos ha alejado de las iglesias del Mans, que por lo demás no podríamos describir en los límites de este artículo. Sin embargo, debemos mencionar aun la iglesia de la Couture y nuestra Señora del Pré, que entrambas fueron abadías de la orden de San Benito. La iglesia de la Couture, edificio de la segunda mitad del siglo XII, con algunas reconstrucciones, tiene una portada muy notable del siglo XIII, con dos torres cuadradas que desgraciadamente se queda-

nombre es casi decir que la enfermería era la morada ordinaria del poeta; pero no es así, pues Scarron habitaba un poco mas lejos, en la misma calle, otra casa que tambien se conserva.

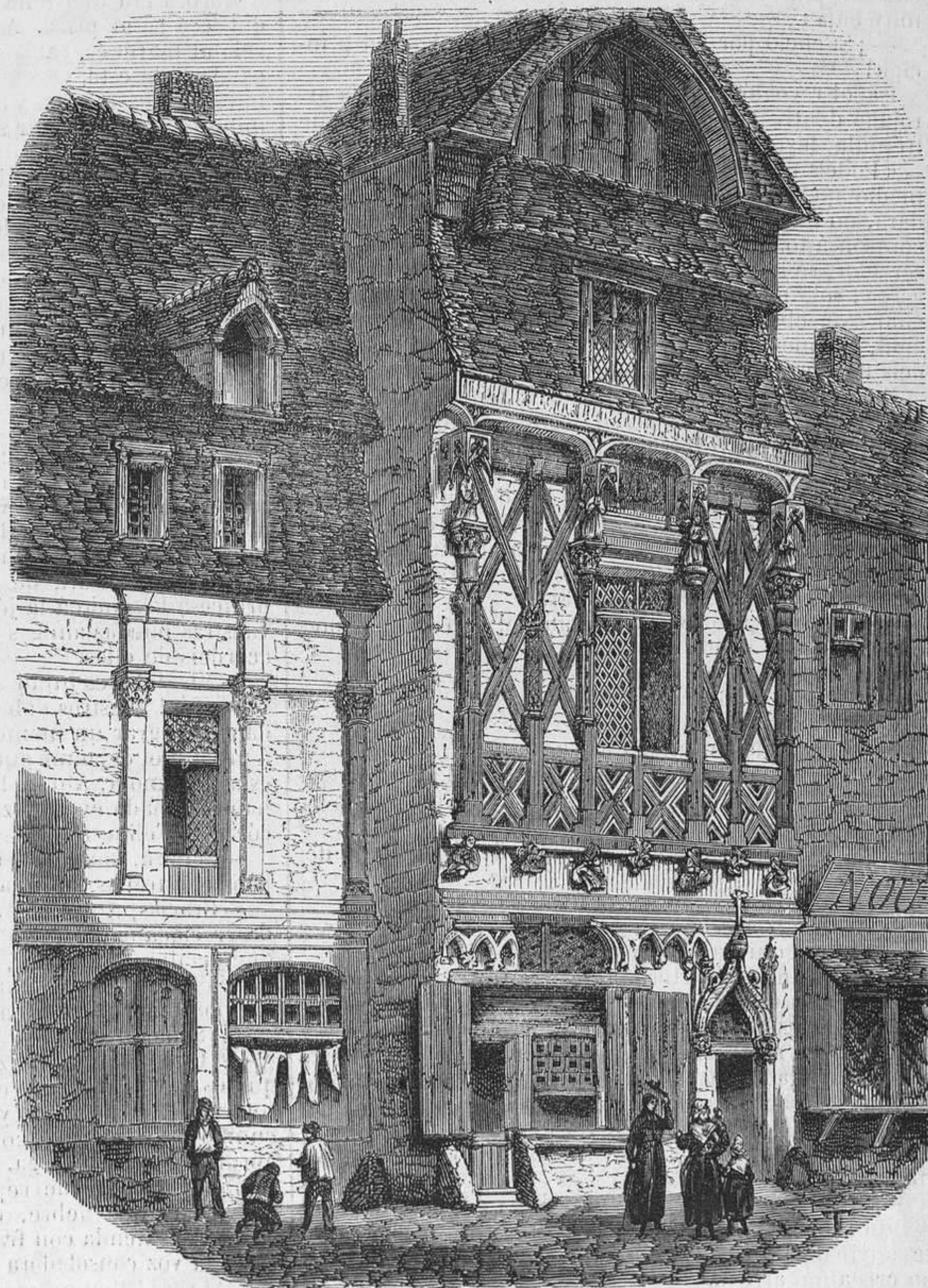
En el Mans ocurrió aquella extraña aventura á la cual debió el ser en lo restante de su vida «una abreviacion de las miserias humanas.» Un mártir de carnaval, dice Alejandro Dumas, Scarron para divertir á la buena ciudad del Mans, donde tanto se lucia, se hizo untar de miel por su criado; y luego, habiendo abierto un colchon de pluma se revolvió en él, de manera que pareció el volátil mas extraño que puede imaginarse. Así emplumado salió al camino de Pontlieue y fué á visitar á sus amigos y amigos. Principaron á seguirle con curiosidad, mas luego entraron los silbidos y los insultos,



Francia pintoresca. — El *Grabatoire*, antigua enfermería de los canónigos en el Mans.



Iglesia de la Couture en el Mans.



Casa llamada de la reina Berenguer, en el Mans.

ron sin concluir. Las hermosas estatuas de los Apóstoles que adornan esta portada han merecido el honor de ser vaciadas para la Escuela de Bellas Artes de París. En el timpano de la fachada se admira una de esas sencillas representaciones del *Juicio final*, tan frecuentes en la edad media, y siempre tan curiosas por los detalles de la ejecución y por el sentimiento general que anima la escultura.

Nuestra Señora del Prado, antigua dependencia de una abadía de mujeres fundada en el siglo XI, fué reconstruida en el XII, y ha sido restaurada recientemente; pero es todavía uno de los monumentos históricos mas interesantes y dignos de ser vistos.

Curiosos y arqueólogos deben tambien visitar para tener una idea completa del Mans, algunas de las casas del siglo XV hechas de madera, que aun se ven en la calle de los *Chanoines* y en la *Grande Rue*. La casa número 12 de esta última calle es verdaderamente muy notable. Los habitantes de la ciudad la llaman la casa de la reina Berengere; pero es evidente que esta princesa, viuda de Ricardo Corazon de Leon, no habitó jamás este edificio, que ofrece todos los caracteres del siglo XIV ó XV. Además, debemos advertir á los arqueólogos que quieran estudiar en detalle la casa de la reina Berengere, que no la encontrarán íntegra en el Mans. No pudiendo llevarse de una sola pieza los señores obreros oficiales de la centralización artística, han arrancado al menos sus elegantes chimeneas para gloria y provecho del Museo de Cluny. E. P.

### La espada del muerto.

(Continuacion.)

No bien habia andado la mitad del camino, cuando el marqués, volviendo la cabeza, se paró como para interrogar el silencio del parque. Nada se oía. Aurora habia ya entrado en palacio. Entonces el de Biel volvióse atrás, y se dirigió, protegido por la sombra de los árboles, hácia el pabellon de la reina donde brillaba una luz.

Isabel estaba ocupada en escribir su correspondencia y en hacer sus notas, cuando le pareció notar un ligero ruido en los cristales de la ventana. Volvió la cabeza y vió dibujarse la sombra de un hombre tras de la vidriera. Sobrecogida de espanto, iba á lanzar un grito, cuando se abrió la ventana que solo estaba entornada, y á través de la reja, el desconocido alargó su brazo derecho con un billete, mientras que murmuraba en voz muy baja:

— ¡Silencio por Dios, señora, soy un amigo del príncipe!

Isabel recogió el billete que el desconocido habia arrojado dentro de la estancia, y abriéndolo con mano trémula, leyó:

«Podeis fiar del todo en el hombre que ignora á qué medio apelar para daros este billete, pero que os lo dará, no me cabe duda. Es un amigo fiel y adicto, un corazon á toda prueba. Poneos de acuerdo con él. Leal servidor, se sacrifica por nosotros. A mí se me vigila de cerca: solo me rodean espías. Hemos comenzado á excitar sospechas y es preciso que adoptemos una resolución, ó somos perdidos. El portador os lo dirá todo. Podeis fiar en él completamente.»

No llevaba firma el billete, pero la reina conocia bien aquella letra. Despues de su lectura, Isabel vaciló un buen rato, sin atreverse á levantar los ojos siquiera, pero por fin se decidió á acercarse á la ventana enrejada, que no se alzaba mucho del suelo y que cualquiera podia fácilmente alcanzar, sobre todo si, como habia hecho el marqués de Biel, se tenia la precaucion de hacer rodar una piedra hasta el pié para subirse á ella.

Isabel fué la primera en hablar.

— Antes que todo vuestro nombre, dijo al desconocido, para que pueda bendecirle.

— Señora...

— ¡Vuestro nombre!

— ¡Marqués de Biel!

— No es título castellano el vuestro.

— Soy catalan, nacido en la ribera del Llobregat.

— Gracias, marqués. Lo que haceis puede costaros la vida.

— Moriré gustoso, señora, siempre fiel á la divisa de mi casa.

— ¿Qué divisa es la vuestra?

— *Non sic semper sed.*

— ¿Y qué quiere decir esto?

— Es una divisa misteriosa de nuestra casa que quiere decir para todos: *No así, siempre mas*; y que en todas ocasiones los Biel han interpretado: *No así como otro, siempre mas que otro*. Por honor de nuestra estirpe estamos obligados los Biel á ser mas que cualquiera en lealtad, en patriotismo, en valor, en grandeza. Yo que soy adicto al príncipe, debo serle mas leal que otros. Si otros le ofrecen su espada, yo le ofrezco mas. Le doy mi vida.

— ¡Oh, gracias, mil veces gracias!

Dijo Isabel estas palabras con voz tan conmovida, que se adivinaban las lágrimas prontas á brotar de sus ojos en cristalino arroyo.

El diálogo prosiguió en voz baja, tan baja, que el ru-

mor de la conversacion era mas leve que cualquiera de los rumores de la noche.

— ¿Cómo habeis entrado hasta aquí, marqués?

— Tengo una llave de la puerta del parque.

— Os verán entrar.

— Tomo mis precauciones, y á mas puedo infundir menos sospechas que otro.

— ¿Por qué?

— Porque todo el mundo sabe que mi futura es camarista de la reina, y creerán que la vengo á ver á ella.

— ¿Y el príncipe?

— Está rodeado de espías, conforme os dice en el billete.

— ¿Hemos sido pues vendidos?

— Al menos hay sospechas.

— ¿Y quién es el que sospecha?

— Antonio Perez y tambien la princesa de Eboli.

— ¡Malvada mujer esa, marqués!

— Acortemos la conversacion, señora, si place á Vuestra Majestad. Si os dignais darme cita para otro dia, os daré mas pormenores.

— Pues bien, mañana mismo.

— ¿Dónde?

— Aquí. Hallareis la puerta del pabellon entornada. Empujadla y entrad hasta esta estancia. Os aguardaré.

— Está bien, señora. ¿Qué le diré al príncipe?

— Decidle que Isabel se acuerda de él.

— ¿Y nada mas?

— Decidle tambien que... que Isabel le ama.

Y la reina se hizo arrebatadamente atrás luego que hubo soltado esta palabra, como asustada de haber cedido al deseo de su alma que se le arrojara á los labios.

El marqués apartó la piedra que habia hecho rodar hasta al pié de la ventana, y se retiró tranquilamente sin observar que, en cuanto hubo salido del parque, un hombre le fué siguiendo paso á paso y con cautela.

### V.

#### LA PRINCESA.

Cada dos ó tres noches iba el de Biel á ver á su futura, con la cual solia permanecer una hora en grata conversacion, entretenidos dulcemente en formar proyectos para el porvenir, en pasear sus dos juveniles imaginaciones por los campos dilatados de los sueños y de las esperanzas.

Aurora era feliz en aquellos momentos, y no se hubiera cambiado por una reina. Amaba de corazon al marqués, se veia correspondida, y tierna y pura, inexperta y confiada, dejábase mecer por los goces que le brindaba una existencia pasada junto al hombre á quien entusiasta queria.

Aurora era una niña todavía, aun cuando de ello no quisiera pasar plaza. Así es que todas las noches que veia al marqués, excitada por las ardientes y amantes palabras de este, se entregaba por completo á las mas intimas sensaciones, y hallaba placer en trazarse un camino para el porvenir sembrándolo de ricas y seductoras fantasías.

Cierta mañana hallábase la jóven placenteramente entregada á sus soñadores pensamientos, cuando una dama de arrogante belleza y deslumbradoramente vestida penetró en la estancia, dirigiéndose á la niña que no reparó en la presencia de la desconocida hasta que se sintió abrazar por la espalda, al propio tiempo que una voz dulce y meliflua le decia:

— Soy yo, amiguita mia.

Aurora se volvió y exclamó, levantándose sorprendida:

— ¡La princesa!

Era en efecto la princesa de Eboli, la misma que, unida en relaciones de amistad con la familia de Aurora, habia sido la protectora de esta, debiendo á su influjo el puesto de camarista de honor que ocupaba junto á la reina. La jóven, sin embargo, extrañó aquella visita.

— Sois muy cara de ver, amiguita mia, exclamó la princesa besando á la jóven en la frente; preciso es que vuestras buenas amigas vengan á visitaros para que os acordeis de ellas.

— Mis deberes junto á la reina... murmuró Aurora.

— ¡Oh! vuestros deberes no son tantos que os impidan consagrar un momento á quien bien os quiere. Y á propósito, dejadme que os contemple. ¡En verdad que estais hermosa, Aurora! Desde que no os habia visto, habeis ganado en belleza. Vais á ser la mejor joya de la corte de Felipe II.

— Señora, donde vos estais las demás solo pueden ser pálidas estrellas, junto al astro.

— Gracias, Aurora, gracias, hermosa adulatora. ¡Ay! desgraciadamente si yo he sido un astro, soy un astro que declina. No así vos, que cada dia añadís una nueva gracia á vuestro semblante, y cada dia os presentais con mas lozanía y mas esplendor en el horizonte de la corte.

— ¡Señora!

— ¡Qué vida mas feliz la vuestra!... ¡Si supierais lo que os envidio! Yo por el contrario, metida siempre en una nube de negocios y de intrigas diplomáticas, sumo bajo el peso como el mas miserable leñador abrumado con su carga. No tengo un momento mio, no hallo un instante de reposo, mis sueños son agitados, mi vida es una fiebre, no encuentro jamás una mano que se me tienda con franqueza, y nunca resuena á mis oidos la voz consoladora de la amistad. ¡Esto no es vivir, Aurora! Hoy mismo que he querido dedicaros unos momentos, que he querido aprovechar unos minutos de

tregua en el seno de vuestra amable intimidad, hoy mismo vereis como acaso me vengan á perseguir aquí los negocios de Estado. Os aseguro que es cosa insoponible.

Y la astuta princesa decia esto con tal acento de naturalidad y de candidez, que nadie al oirla hubiera puesto siquiera en duda el martirio de su existencia.

— No es extraño lo que me decís, contestó la jóven con dulce sonrisa. La nacion pesa sobre vuestros hombros, segun dicen, mas que sobre los del monarca.

— Es una verdad. Por esto sois tan digna de envidia vos, Aurora, cuya vida se desliza tranquila y sosegada, sin temores, sin penas, sin cuidados. ¿Qué es en efecto lo que os falta? Bella, envidiada, solicitada, amada... porque todo se sabe, amiga mia, añadió la princesa con una de aquellas sonrisas cortesanas que lo mismo lo dicen todo que no dicen nada, todo se sabe.

— No comprendo...

— ¡Hola! ¿os haceis la gazmoña!

— Pero...

— ¿Seriais capaz de asegurar que no amais á nadie ni que nadie os ama?

— ¡Oh! yo no digo tanto.

— Es que hay cierto arrogante jóven de ojos negros que podria desmentiros.

— ¿Creeis? dijo la jóven ocultando con una sonrisa el sobresalto interior y clavando sus ojos en los de la princesa, como si quisiera profundizar su pensamiento.

— Sí creo. Debe existir por ahí un marqués de Biel que sabe de fijo todo lo que vale un corazon amante.

— El marqués es mi futuro, se apresuró á decir Aurora, que temia supiese la princesa lo de las entrevistas nocturnas.

— Pues os felicito, Aurora. Hareis una hermosa pareja. El marqués es el hombre que os conviene.

— ¿De veras?

— No hay en la corte otro hombre mas gallardo ni mas amable.

— ¿Verdad que sí? dijo Aurora con todo su infantil candor.

— Es un jóven galante, emprendedor, generoso...

— Y amante.

— ¡Oh! sí, amante sobre todo, repitió la astuta princesa. Cualidad es esta que ninguna dama le niega.

— ¡Ninguna dama! exclamó Aurora con cierta sorpresa.

— Ninguna absolutamente.

— Pues qué...

— ¿Teneis celos?... ¡Qué tontuela sois! dijo la princesa con un aplomo y al mismo tiempo con un abandono de sencillez notables, haciendo como que no advertia que sus palabras caian como gotas de hiel sobre el alma de la jóven; dejadle en buen hora que diga amores á cuantas damas se le antoje. Siempre sereis vos la favorita y la única que reinareis en su corazon.

— Pues qué, preguntó Aurora con ansiedad; ¿el marqués les dice amores á otras damas?

— A todas cuantas ve, amiguita mia, contestó la princesa con un acento de cortesana que no podia expresar mas. Pero á vos, ¿qué os importa?

— ¿Cómo qué me importa? contestó Aurora, que no podia avenirse con aquella elasticidad de sentimiento.

— Es claro. ¿No sois vos la favorita?

— ¡La favorita!... ¿Qué entendeis decir con esto, princesa?

— ¡Toma! entiendo decir que siempre sereis la preferida, que sereis vos la que imperareis constantemente en su corazon, y que las demás solo serán amores pasajeros.

— ¡Amores pasajeros! ¿Luego el marqués parte mi amor con el de otras mujeres? Luego el marqués, prosiguió la niña que iba aninándose por grados y cobraba mal al desenfado de su rostro, ¿luego el marqués me abandona á ratos por otras? ¿Luego no es verdad lo que me dice? ¿Luego me engaña vil é infamemente al jurarme que á ninguna dama le consagra un solo recuerdo? ¡Oh! princesa, princesa, esto es una indignidad, una traicion.

La de Eboli haciéndose la sorprendida ante aquella explosion de sentimientos, miró un rato á la jóven de hito en hito, como si no comprendiera toda aquella alarma; en seguida, bajando los ojos, soltó la mas franca y mas ingénua carcajada. Aurora que esperaba verse compadecida, y que como ya sabemos sentia ser tratada como niña, se quedó atónita y confusa.

— ¡Cómo! ¿os reis, señora princesa!

— ¡Pues no me he de reir! dijo la princesa. ¡Ja, ja, ja! Sois una niña, amiguita mia, una niña en toda la extension de la palabra.

— ¡Princesa!

— Dispensadme, mi querida Aurora, dispensadme mi hilaridad, pero no he podido contener la risa al ver lo grave y lo formal de vuestras palabras.

— ¿Pero qué hallais de extraño en mis palabras?

— Hallo que sois muy niña, querida, cuando tomáis tan á pecho lo que es en el marqués una cosa natural y sencilla.

— ¡Natural y sencilla!

— Ni mas ni menos.

— ¿Natural que le diga amores á otra mujer que no sea yo?

— Naturalísimo.

— ¿Sencillo que me venda?

— Sencillísimo.

— Pues es una naturalidad y una sencillez que yo no entiendo, señora.

— Querida mia, exclamó entonces la princesa con un

tono levemente irónico, de una ironía tan fina que era casi imperceptible; en la corte se hace así, y el marqués se pondría en ridículo si así no lo hiciera. Los amores únicos, absolutos, entusiastas, ardientes, se dejan para los cantos de vuestros trovadores catalanes ó para las farsas de nuestros ingenios. Aun cuando os ame á vos el marqués de Biel, debe amar, para no ser considerado como un ente extraño, á otra mujer, á dos, á tres si es necesario. Sin embargo, esto no quita que se enlace con vos, y que entonces vos seais la preferida. Esto es la corte, querida mía.

— Princesa, dijo Aurora con lágrimas en los ojos y con el corazón traspasado, pues si esto es la corte, yo os digo que es incomparablemente mejor que esto la mas infeliz aldea de mi Cataluña.

Iba la princesa á contestar, cuando entró en la estancia un criado portador de un mensaje.

Era un pliego que entregó respetuosamente á la princesa.

— ¿Veis? dijo esta volviéndose hácia Aurora, que estaba contentándose lo posible para no romper en llanto, ¿no os dije que hasta aquí me perseguirían los negocios? Decid ahora si hay tormento comparable con el mio. ¿Me permitis, amiga mía? añadió la de Eboli haciendo ademán de romper el cordón de seda que sujetaba la carta.

Aurora contestó solo con una cortesía. No podía hablar, porque los sollozos hubieran en aquel momento anudado su voz en la garganta.

La princesa abrió el pliego, y un papel, escapándose, fué á caer en el suelo á los pies de Aurora. Inclínose esta para cogerlo y se estremeció, se estremeció tanto, que su mano temblaba al dárselo á la princesa. Era que le habia parecido reconocer la letra del marqués.

La de Eboli recibió el papel con una política sonrisa de agradecimiento, leyó el billete cuya lectura pareció inmutarla bastante, y en seguida devoró con la vista el papel que Aurora le entregara. La jóven, por una extrañeza de que no acertaba á darse cuenta, seguía en el rostro de su protectora todas las peripecias de su semblante durante aquella lectura.

Luego que hubo concluido, la princesa hizo seña al criado para que se retirara, y en seguida, saliendo al encuentro de los deseos de Aurora.

— ¡Extraño caso! murmuró. ¿Sabeis, Aurora, lo que se me comunica?

— ¿Qué?

La princesa miró á todos lados para asegurarse de que nadie podia oirla, y acercó aun mas su asiento al de la jóven.

— Oid. Aurora, voy á hacer entera confianza de vos; voy, ya que el cielo me ha traído aquí, á revelaros un secreto de la mayor importancia, pero secreto tal, amiga mía, que podria costar la vida á quien lo divulgase. Inútil es pues pedir la reserva.

— ¿Tan terrible es? dijo Aurora con una curiosidad irresistible.

— Espantoso.

— Pues entonces, ¿por qué me lo comunicais?

— Porque acaso podais serme útil.

— ¡Yo!

— Diciéndome la verdad, comunicándome todo cuanto sepais.

Aurora se sobresaltó.

— ¿De qué se trata, pues? preguntó.

— Se trata...

Y aquí la princesa bajó la voz de manera que apenas llegaban sus palabras á oídos de Aurora.

— Se trata de la reina.

— ¿De la reina! dijo admirada.

— ¿Veis esta carta? le preguntó la princesa mostrándosela abierta.

Aurora pudo ver algunos renglones indescifrables, escritos no con letras sino con signos extraños y desconocidos.

— Es uno de mis agentes secretos, prosiguió la princesa, que me escribe con un alfabeto que solo nosotros dos comprendemos.

— ¡Y bien!

— Este agente me dice que la reina tiene un amante.

— ¡Un amante! ¡Ella! exclamó Aurora con un tono de incredulidad difícil de explicar.

— ¿No lo creéis? dijo la princesa.

— No lo creo, contestó Aurora. La reina doña Isabel es rígida y severa en sus actos y costumbres. Es demasiado buena esposa para que pueda sospechársela de ilícitos amores. A mas, yo la veo á todas horas del día, no me aparto apenas de su lado, estoy en la interioridad de sus menores acciones. Creedlo, princesa. Han engañado á vuestro agente, le han hecho víctima de una infame calumnia.

— ¡De una calumnia! Es demasiado astuto el servidor que me escribe para dejarse prender en un lazo. A mas, da pruebas.

— ¡Pruebas!

Juzgad vos misma, dijo la princesa recorriendo con los ojos los signos del billete á medida que iba hablando; dícame primeramente que la mayor parte de las noches un hombre entra con todo sigilo por la puerta del parque real con el auxilio de una llave.

Aurora al oír esto se inmutó de tal manera, palideció tan visiblemente, que no hubiera por cierto dejado de notar lo la princesa, á no estar entregada completamente á la atención que fijaba en ir descifrando la carta que tenia en las manos.

— Se cree, continuó la princesa sin levantar los ojos del papel, se cree que este hombre es...

— ¿Es?... balbuceó la jóven mas muerta que viva.

— Uno de los principales señores de la corte, pero sin embargo, no se ha podido rastrear su nombre, por el cuidado y cautela que pone en recatarse. Hay casi una seguridad positiva para creer que luego de haber penetrado este hombre en el parque...

Aurora estaba pendiente de los labios de la princesa. Se hallaba en uno de aquellos calenturientos instantes en que se daría la vida para empujar y oír todas de una vez las palabras que solo una á una se desprenden de los labios. La de Eboli iba muy lentamente, como si le costara alguna dificultad descifrar el contenido de la carta. Aurora se moría de ansiedad.

— Se dirige á un pabellón, que es el que suele ocupar la reina, llama con el puño á los cristales como para anunciar su llegada, y en seguida se encamina á la puerta del pabellón, que se cierra tras de él. ¿Es la reina ó una camarista la que allí le recibe? Esto, continúa mi agente, es lo que hubiera sido mas difícil de averiguar, si por una casualidad, pero casualidad que nos cuesta mucho dinero, no se hubiese dado con unos versos del desconocido, que claramente manifiestan cuál es el objeto que le hace penetrar furtivamente en el parque real. Esto es lo que mi agente me escribe, añadió la princesa doblando el billete y guardándose en su escarcela.

Aurora llegó á vacilar. ¿Entraría otro hombre á mas del marqués en el parque? La equivocarian á ella con la reina? Tal era lo que estaba por resolver. Quedó la jóven un momento pensativa y mucho mas tranquila ya, pues creía que no podia ser el marqués el desconocido en cuestion, si era verdad que un desconocido entraba furtivamente de noche en el parque y penetraba en el pabellón de la reina.

Al cabo de un corto instante de reflexion, Aurora se decidió á arrostrar la situacion de frente y á confesar que era ella y no la reina quien tenia citas nocturnas. La jóven, con un corazón leal á toda prueba, preferia perderse á que se perdiera la reina por una miserable equivocacion.

— Princesa, voy á deciros...

— Y son unos bonitos versos, dijo la de Eboli, interrumpiendo á la jóven ó haciendo como que no la oía. ¿Queréis que os los lea?

Y sin aguardar contestacion, desdobló el papel mismo que habia levantado del suelo Aurora y leyó:

Por vos suspira un corazón amante  
Preso en las redes del mas puro amor.  
Firmeza tiene y voluntad. Constante,  
Con su lealtad burló vuestro rigor.

¿En vuestros ojos no ha de hallar, señora,  
Un destello de tierna compasion,  
El pobre amante que con fe os adora,  
Que al veros os rindió su corazón?

Miradme á vuestros pies. Paz ni sosiego.  
Hallar no puede ya mi pecho fiel,  
Si á la solicitud de amante ruego  
No cede el corazón de mi Isabel.

— ¿Qué os parecen, Aurora, los versos?

— Me parecen bien, princesa.

— Si por la letra de los mismos pudiésemos venir en conocimiento de quién es su autor. ¡Oh! sí, yo conozco esta letra, pero no atino de quién es. Conocéis vos por acaso la escritura, querida?

Y la princesa, clavando entonces resueltamente sus ojos en el semblante de la jóven, le puso el papel delante.

Una palidez mortal, una especie de velo lívido cubrió el rostro de Aurora, que se puso á temblar como la hoja que agita el viento.

Los versos eran de letra del marqués.

La princesa hizo como que no notaba aquella alteracion, y para dar á su amiga tiempo de recobrarse, volvió á leer la última cuarteta:

— ¡Qué fuego hay en estos versos!

Miradme á vuestros pies. Paz ni sosiego,  
Hallar no puede ya mi pecho fiel,  
Si á la solicitud de amante ruego  
No cede el corazón de mi Isabel.

Y la princesa apoyó el acento en *mi Isabel*. En seguida añadió:

— Se conoce que quien así escribe está verdaderamente enamorado. Solo un alma entusiasta por el objeto al cual se dirige, puede pintar su pasión con semejante extremo. Y que va dirigido á la reina no puede ya caber duda. ¿Qué otra sino la reina puede ser esa *Isabel*? ¿No os parece así, querida?

Aurora no dijo nada. Se contentó con hacer una ligera indicacion de cabeza que nada significaba.

— Y ahora, prosiguió la de Eboli, ¿lo creéis aun calumnia? ¿podeis dudar aun que la reina tiene un amante?

— ¡Un amante! repitió estremeciéndose la jóven.

— Un amante que debe ser muy apasionado y muy feliz cuando sabe expresar en tan sonoros versos todo el amor que abraza su corazón.

El alma de la jóven iba á estallar, á reventar como una granada.

— Me ocurre un medio, dijo de pronto la de Eboli.

Aurora miró á la princesa con ojos que saltaban de sus órbitas.

— ¿Queréis que os deje los versos y acaso con ellos podreis averiguarme el nombre del desconocido? Puede que os sea fácil, y no dejareis de encontrar letra igual entre los papeles de la reina.

— ¡Espiar! murmuró la jóven.

— Yo no digo tal, contestó la de Eboli. Ya comprendereis que es un secreto de importancia, de mucha importancia el que fio á vuestra reserva y á vuestra amistad. Os pido solo que me ayudeis á descubrir el nombre del amante afortunado, del que sabe decir tan seductoras cosas en verso á una reina que deberá contestarle con sentidas frases en prosa. Os dejo pues los versos, y adios, amigueta mía, porque entretenida con vuestra agradable conversacion se me ha hecho tarde.

Y sin dar tiempo á Aurora para contestar, la princesa se apresuró á despedirse.

En cuanto la de Eboli hubo atravesado el umbral, Aurora se llevó las manos á los ojos y un torrente de lágrimas brotó de ellos. La jóven no podia mas; estaba al cabo de sus fuerzas: se ahogaba.

La de Eboli halló en el corredor á Antonio Perez, que segun era entonces usanza, le ofreció el puño para bajar la escalera.

— ¿Y qué? dijo en voz baja á la princesa.

— Ha mordido en el anzuelo, contestó esta con ojos chispeantes.

— ¿Los versos?...

— Han producido su efecto.

— Entonces...

— Todo ha salido á pedir de boca.

— ¿Y Aurora?

— Aurora es ya una mujer celosa, y sus celos la hacen nuestra.

## VI.

## EL ALFILER DE PERLAS.

A la mañana del día siguiente, cuando entraba la princesa en su gabinete de trabajo, donde despachaba y recibia audiencias como un verdadero ministro, supo que una dama pedia hablarla con insistencia. Aunque algo contrariada la princesa, pues tenia que pasar á ver al rey, con cuyo despacho se comunicaba el suyo por medio de una galeria, dió orden sin embargo de hacerla entrar.

Era Aurora de Senmanat, que se precipitó mas bien que entró en la estancia. Su semblante estaba demudado, sus cabellos en desorden, sus manos trémulas, su manto desprendido y flotante sobre sus hombros. Todo revelaba en ella una agitacion y una lucha terribles.

La misma princesa no pudo menos de hacerse atrás al ver el rostro lívido de la jóven.

— ¿Qué teneis? le preguntó alarmada.

— ¡Oh! gracias á Dios que os veo, princesa, dijo Aurora con voz entrecortada por la fatiga.

— Pero ¿qué teneis, qué os sucede, hija mía?

— ¡Qué tengo! exclamó la jóven clavando en la cortesana sus ojos hinchados. ¿Y vos me lo preguntais?... Tengo... tengo que estoy loca.

— ¡Aurora!

— ¡Loca, completamente loca, señora!

— ¿Qué os ha sucedido?

— Le he visto.

— ¿A quién?

— Al marqués.

— ¿Y qué?

— Ha sido una noche horrible, princesa... ¿Queréis que os lo cuente?

— Sí, sí, contadme.

— La noche era negra y oscura. Silbaban los vientos con desatada furia, agrupados y espesos nubarrones balanceaban en el espacio sus preñados antros, en cuyo seno rugía la tormenta. ¡Ay! otra tormenta mas terrible habitaba en mi corazón cuando, sin temor á los elementos, me lancé al jardín y me sumergí en un mar de tinieblas, encaminándome hácia el pabellón de la reina.

— ¡Ah! ¿de la reina? interrumpió la princesa.

— De la reina, es claro; ¿no era allí donde me dijisteis que iba el perjurio?

— Proseguid, proseguid, dijo vivamente la princesa.

— Junto al pabellón hay un pequeño grupo de acacias. Entre ellas me escondí y allí estaba aguardando, sin temor á la lluvia que empezaba á caer, y sin hacer caso del viento que, rasgándose en los árboles, parecia murmurar á mis oídos lúgubres suspiros. Un hombre se adelantaba pisando con cautela, y á pesar de la oscuridad de la noche, le conocí. Mejor que mis ojos, díjome el corazón quién era. Le ví acercarse al pabellón de la reina, golpear los cristales de la ventana, y en seguida... ¡Oh! ¡princesa... princesa!

— ¿En seguida? preguntó la de Eboli.

— En seguida desaparecer por la puerta entornada que guia al interior de las habitaciones reales.

En el mismo instante que esto decia Aurora, se agitó la holgada cortina que caía delante de la puerta por la cual se entraba á la galeria de comunicacion con el despacho de Felipe II. Si las dos damas hubiesen estado menos absorbidas por su conversacion, hubieran podido ver una mano apartar la cortina para dar paso á una

cabeza de hombre, que no hizo sino asomarse un instante, retirándose en seguida. Fué cosa de un segundo. La mano y la cabeza desaparecieron, la cortina recobró su inmovilidad y en nada repararon la princesa y Aurora.

—¿Qué mas? preguntó la de Eboli.

—Aquel hombre era el marqués de Biel, princesa. Entonces, ya que Dios ó la fatalidad me habian enviado allí, he querido averiguarlo todo, apurar la copa hasta el cáliz. Yo no hacia caso ni de la lluvia que caia, ni del trueno que rugia, ni del viento que bramaba, ni del rayo que culebreaba en las nubes. No, princesa, la tempestad no estaba en el cielo, sino en mi corazon.

—¿Y qué? dijo la de Eboli.

—No sabia cómo hacerlo. La puerta se habia cerrado tras el marqués, y la ventana por la cual se veia brillar la luz estaba demasiado alta para poder yo alcanzarla. He hecho esfuerzos inútiles, me he desgarrado mis vestidos, y mis dedos ensangrentados con la piedra, han buscado vanamente donde agarrarse para poder trepar hasta la ventana.

—¡Pobre Aurora!

—¡Pobre Aurora! sí, bien habeis dicho. ¡Pobre Aurora! á la que se ha engañado vil é infamemente! Pero oid. Entonces me he acordado de que el jardinero debia tener por allí una tosca escalera, la he buscado á tientas, la he hallado, aplicándola contra la pared, he podido alcanzar la ventana subiéndola dos ó tres escalones. Princesa, princesa, allí estaban la reina y el marqués de Biel, los dos en conversacion muy animada, pero en voz baja. De modo que no he podido oír nada.

—¿Nada?

—Nada por el momento. Poco despues de estar en mi sitio, he visto al marqués hacer ademán de marcharse. En aquel instante la reina ha corrido á su escritorio, ha sacado una caja, de ella un alfiler de perlas, el mismo que usa en las grandes ceremonias, y se lo ha dado al marqués, diciéndole en voz algo mas elevada estas palabras que han podido llegar perfectamente á mis oidos: «Que el hombre á quien amaré toda mi vida lo guarde en memoria mia.» Estas palabras se han clavado como dardos en mi corazon, he sentido que el dolor me oprimia, un velo ha cegado mi vista, y he tenido que agarrarme á la escala para no caer. Ignoro, princesa, cómo el corazon no se ha roto á pedazos. Cuando pasado aquel largo rato de dolor he abierto los ojos, ya en el pabellon no habia nadie. La reina y el marqués habian desaparecido. Entonces he bajado de la escalera, he vagado como una loca por los jardines hasta despuntar el alba, y me he dirigido á vuestras habitaciones para deciros: «Ya lo veis, princesa; se me ha vendido infamemente. Decidme, ¿cómo podré vengarme?»

En aquel momento una voz fria y aguda sonó á espaldas de la jóven.

—¿Y de quién quereis vengaros? dijo esta voz.

Aurora y la princesa se volvieron á un tiempo, y una extraña diabólica sonrisa se dibujó en los labios de la segunda, mientras que un frio sudor bañaba la frente de la primera.

El rey Felipe II, pálido, mirando á la jóven dama de Senmanat con una fijeza espantosa, estaba de pié en medio de la sala. Viendo que la princesa no pasaba á su despacho, se habia dirigido á su gabinete por la galería de comunicacion, como á veces tenia por costumbre. Habia llegado pocos instantes despues que Aurora, y se habia detenido un momento detrás de la tapicería de la puerta, oyendo la conversacion.

Aurora cayó de rodillas.

—¡Perdon, señor, perdon! exclamó.

—¡Perdon! ¿y de qué, pobre niña? Oid. Lo que acabais de contar es cierto, ¿no es verdad? ¿Vos lo habeis visto?... ¿La reina ha entregado al marqués de Biel su alfiler de perlas?... ¿Lo habeis visto bien, verdad?

La jóven no contestó. Muda de terror, pensaba en los males sin cuento que iba á reportar su imprudente y celosa indiscrecion.

—Decid, niña, ¿lo habeis visto?

Tampoco contestó Aurora. En cuanto á la princesa, cruzada de brazos y con una sonrisa triunfante, contemplaba aquella escena.

—Contestad, niña, exclamó Felipe con imperio. Vuestro rey os lo manda. ¿Habeis visto á Isabel entregar el alfiler de perlas?

Aurora no sabia mentir.

—Sí, señor, murmuró pálida y muerta de espanto, con voz casi ininteligible.

—Está bien.

Felipe dió un golpe seco en el timbre.

Un servidor se presentó.

—Mi capitán de guardias, dijo con severo laconismo.

—¡Oh! ¿qué va á hacer, Dios mio! murmuró Aurora entre dientes. Y en seguida en voz alta: ¡Señor!...

—Tomad, dijo Felipe estampando su firma sobre un papel blanco y alargándolo en seguida á Aurora. Felipe no negará nada al portador de esta firma del monarca. Id y volved cuando me necesiteis.

Dijo esto en un tono que no admitia réplica. Aurora



Copa de plata realizada de oro, regalada á la Sociedad de las regatas del Havre para las carreras del 15 de julio de 1869, por M. James Ashbury y Brighton.

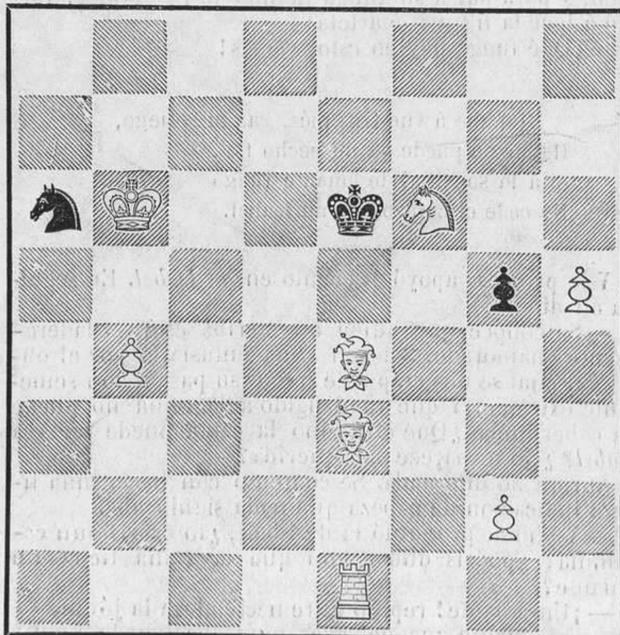
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 291.

- |   |                     |           |
|---|---------------------|-----------|
| 1 | C toma P            | A toma T  |
| 2 | Rª toma PR jaque    | R toma Rª |
| 3 | C 4ª AR jaque-mate. |           |

PROBLEMA NÚMERO 292, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

al pronto habia comprendido mal, y no acertaba á tomar el papel, pero luego, sobreco-gida por un pensamiento secreto, lo tomó y se lanzó repentinamente fuera de la estancia.

—¡Pobre niña! murmuró Felipe viéndola marchar.

Y sus ojos abandonaron á la jóven para clavarse en el semblante altamente significativo de la princesa.

Vino el capitán de guardias y le envió el monarca á informarse de quién se hallaba en aquel momento con el príncipe Carlos.

—Se halla actualmente el marqués de Biel en conferencia con S. A., dijo el capitán al volver.

—Cuando haya salido, exclamó entonces el monarca, pondreis centinelas en todas partes, rodeareis la habitacion del príncipe y no dejareis salir ni entrar á nadie, ni al mismo príncipe. Vuestra mas estricta responsabilidad, capitán, me saldrá garante del puntual cumplimiento de esta órden.

El capitán se inclinó y partió.

Sigamos ahora los pasos de la pobre Aurora. En medio de la agitacion que la dominaba, de la calentura que la abrasaba, una idea habia surgido en su espíritu fatigado por las terribles emociones que la combatian.

Cruzó con paso firme y resuelto la estancia y galerías de palacio y bajó con rapidez la escalera de mármol que conducia al espacioso vestibulo. Solo allí pudo respirar con alguna libertad.

Estremeciase, horrorizábase la pobrecita niña al pensar en la cadena de males que arrastraria tras sí su imprudente revelacion, y pareciale increíble que hubiese contemplado sin morir de espanto la helada y severa figura de Felipe II irguiéndose ante ella como la representacion de una futura y terrible venganza.

Aurora tenia miedo.

Espantada de lo que habia avanzado, quiso retroceder... retroceder si es que habia tiempo para ello.

VICTOR BALAGUER.

(Se {continuará}.)

### Las regatas del Havre.

La Sociedad de regatas del Havre ha tenido á bien comunicarnos la fotografia que reproducimos en esta página y que representa la copa de Honor, primer premio de la Gran Carrera internacional del Havre á Cherburgo, anunciada en el programa de esta Sociedad para el 15 de julio próximo.

Esta copa de plata cincelada y realizada de oro de un bellissimo trabajo, tiene 55 centímetros de altura y vale 3,000 francos, siendo debida á la generosidad de M. James Ashbury, propietario de la hermosa goleta *Cambria*, de 200 toneladas, y uno de los principales yachtmen de Inglaterra.

Dos medallones la adornan; el uno representa el *Cambria* con su velámen, dejando detrás de sí á sus competidores, y el otro recuerda la causa del donativo.

Hé aquí la inscripcion que tiene en lengua inglesa:

Regalada á la Sociedad de las regatas del Havre por James Ashbury, de Lóndres y Brighton, propietario de la goleta del Royal Thames Yacht Club *Cambria*, como un débil testimonio de gratitud por la amable hospitalidad ofrecida á los Yachtmen por M Winslow y otros miembros de la Sociedad. 1869.

M. James Ashbury, vencedor de la gran carrera de 21 de julio de 1868 entre el Havre y Cherburgo, lo fué igualmente en la del 25 de agosto de 1868, en torno de la isla de Wight, carrera en la que derrotó á la goleta americana de 315 toneladas *Sappho*, considerada como una de las mas ligeras de los Estados Unidos.

Habiendo este yacht aceptado el desquite que le ofreció el *Cambria*, debe llegar próximamente al Havre para prepararse antes de entrar en lucha, y seguramente la carrera de 15 de julio de 1869 será de las mas interesantes.

P.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris.— Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.